

DIANA

97

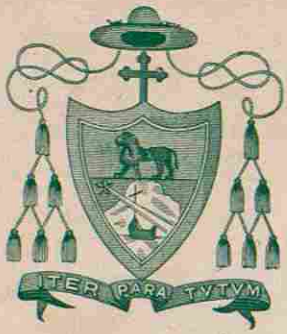
90

PQ 729

.R7

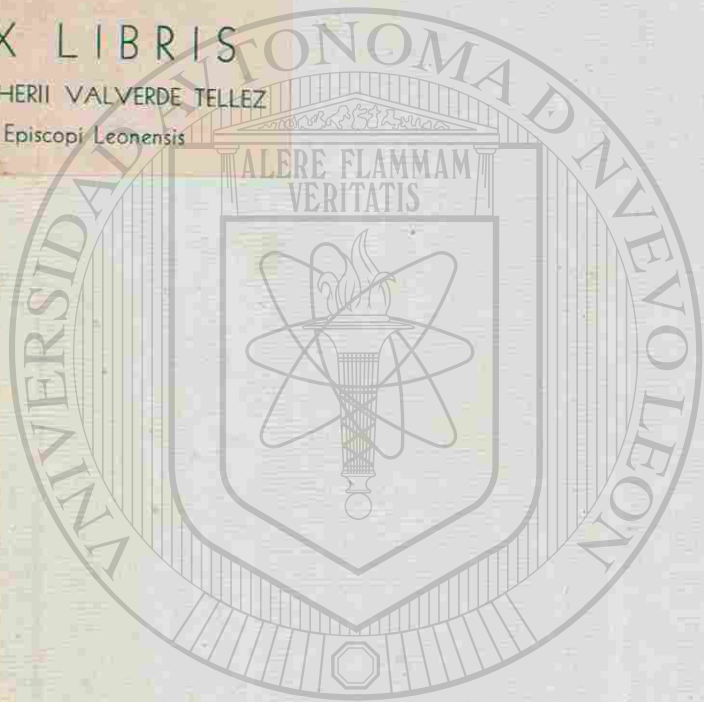
D5

00339



1080019387

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

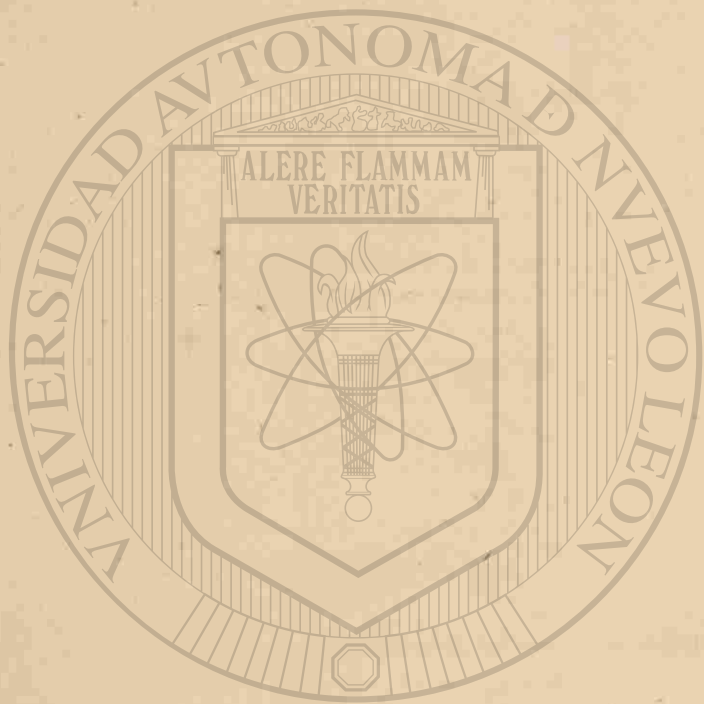


UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





DIANA

POEMA

DE

JOSÉ MARÍA ROA BÁRCENA

ESCRITO EN 1851.

EDICION DE 50 EJEMPLARES

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

MÉXICO

IMPRENTA DE IGNACIO ESCALANTE

AVENIDA DEL 5 DE MAYO NUM. 9

1892



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Teller

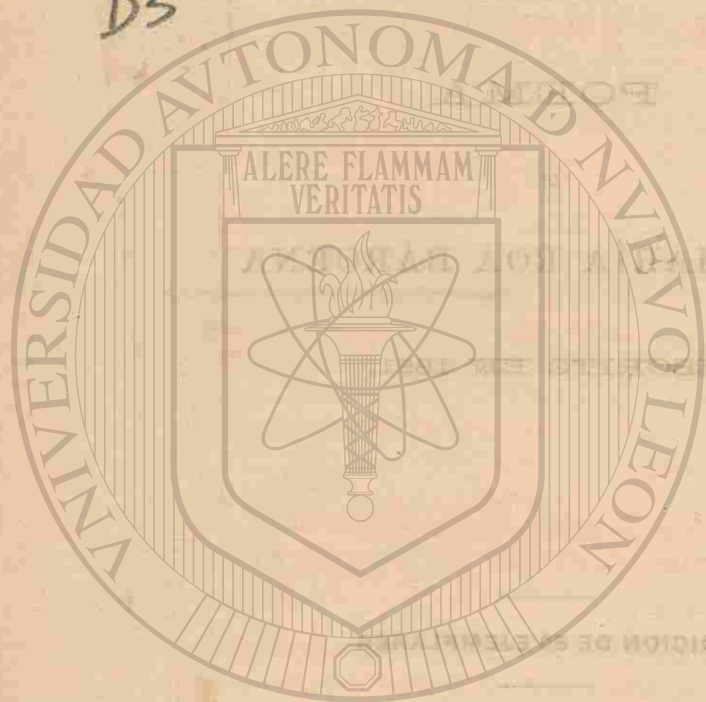
40620
VALVERDE Y TELLER

PQ7297

.R7

D5

DIANA



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA



3300 FONDO EMETERIO VALVERDE Y TELLEZ

A DON RAFAEL DELGADO.

Acabo de leer nuevamente, después de muchos años, el poema "DIANA," que escribí antes de los veinticinco, y que reimprimo para contentar á unos cuantos amigos—poquísimos, pero entre ellos usted,— que á la afición poética juntan, acaso, la arqueológica, y en vano me pedían algún ejemplar salvado de la polilla.

Creo haber leído y juzgado tal ensayo con el desapasionamiento y serenidad que si se tratara de obra ajena.

Halléle trunco, por haberle suprimido desde que se publicó, pasajes más flojos ó cansados: advertíle deficiencias en el plan, candores rayanos en panfiliismo, y defectos más ó menos graves en la elocución y versificación: quise corregirlos, y á poco, me resolví á dejárselos, temeroso de empeorarlos ó de marchitar la frescura, la espontaneidad y el abandono que hay ó suponemos en los himnos de la juventud. Descubrí el rastro de mis inclinaciones y estudios de aquel tiempo, en que, apartándome de los senderos más trillados entonces, me entraba con la ceguera y presunción de la ignorancia por los intrincados y magníficos bosques de Lytton Bulwer y Shakespeare. Surgió de nuevo ante mí la inteli-

003390

gente y rara mujer que sirvió de modelo á mi heroína, y que, sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible. Recordé el agrado, el cariño, las ilusiones primaverales con que emprendí y realicé mi estudio, y la propicia estrella que en su aparición le alumbró. Engreíme, en suma, con la idea de que este cuadro viejo, no obstante sus faltas de traza y claro-oscuro, por la franqueza de algunos toques imitados de buena escuela, por lo peregrino ya del asunto, dado que el tipo de la romántica se haya casi extinguido, y, más que todo, por el alto mérito del original á pesar de lo muy poco que se transparente en la copia, merece vivir algunos años todavía en las hospitalarias bibliotecas de mis amigos.

A esto se debe que "DIANA," arrastrando el sudario del olvido, se encamine á Pluviosilla, la sultana de Oriente, á ofrecer los homenajes del idealismo de hace cuarenta años al autor de "La Calandria," al príncipe nuestro del realismo, al poeta y novelista en quien me complazco en hallar y admirar mucho más espíritu que materia.

EL AUTOR.

México, Julio de 1892.

DIANA

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente
Del suelo donde ví la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los días me recuerdan
En que amaba á esa joven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto
Para entregarme todo á mis ideas
De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca á borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles á orillas
Del soségado extenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pie lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea.

gente y rara mujer que sirvió de modelo á mi heroína, y que, sin hacerse monja ni hallarse en otros lances del poema, vivió y murió infeliz por bella, noble y sensible. Recordé el agrado, el cariño, las ilusiones primaverales con que emprendí y realicé mi estudio, y la propicia estrella que en su aparición le alumbró. Engreíme, en suma, con la idea de que este cuadro viejo, no obstante sus faltas de traza y claro-oscuro, por la franqueza de algunos toques imitados de buena escuela, por lo peregrino ya del asunto, dado que el tipo de la romántica se haya casi extinguido, y, más que todo, por el alto mérito del original á pesar de lo muy poco que se transparente en la copia, merece vivir algunos años todavía en las hospitalarias bibliotecas de mis amigos.

A esto se debe que "DIANA," arrastrando el sudario del olvido, se encamine á Pluviosilla, la sultana de Oriente, á ofrecer los homenajes del idealismo de hace cuarenta años al autor de "La Calandria," al príncipe nuestro del realismo, al poeta y novelista en quien me complazco en hallar y admirar mucho más espíritu que materia.

EL AUTOR.

México, Julio de 1892.

DIANA

PRIMERA PARTE.

I.

La quinta de***—Carlos hace conocimiento con la familia.—Inconstancia de los pesares del hombre.—Indecisión.

Después de un año de silencio, ausente
Del suelo donde ví la luz primera,
Por si olvidar consigo en mis viajes
Los pesares que el ánimo atormentan,
Te escribo estos renglones, caro amigo,
Desde el recinto de una antigua selva,
En la risueña quinta adonde entrada
Tu bondadosa epístola me diera.
La sociedad dejando y su bullicio
Que sin cesar los días me recuerdan
En que amaba á esa joven malograda
Que reclinó en la tumba su cabeza,
Contaba con la paz de tal recinto
Para entregarme todo á mis ideas
De aislamiento y dolor, porque los años
Nunca á borrar nuestros pesares llegan!

Habrás leído, como yo, mil veces
Con avidez las descripciones bellas
De las quintas que en Nápoles á orillas
Del soségado extenso mar se elevan,
Y cuyo blanco pie lamen las olas
Que el naranjo odorífero sombrea.

Las recordé cuando mis ojos vieron
La hospitalaria quinta: á su derecha
En alfombra de musgo reposaba,
De la colina al pie, laguna extensa
Que las blancas paredes y los árboles
Y el cielo azul purísimo refleja:
Ocupan á la izquierda vasto llano
Los naranjos sembrados en hileras:
Si en la tarde los hiere el sol, dibújanse
En el suelo sus sombras gigantescas:
Crece en los sitios húmedos el loto,
Con el liquen adórnense las cercas,
Y la pequeña *rosa trepadora*
A su pie nace y se reclina en ellas.

Poco después, de la tranquila casa
A la puerta llamé con mano trémula:
La voz de una campana el ancho espacio
De vibraciones argentinas llena.
A abrir entonces baja el dueño mismo
A cuyo buen humor me recomiendas:
Entreguéle tu carta, y el anciano,
No bien sus ojos ha fijado en ella,
Cuando me dice: "Entrad; es un amigo
Quien hoy á mi familia así os presenta;
Vuestro nombre, además, ya conocía;
Os apreciaba, y esta casa es vuestra."
El frondoso jardín atravesamos,
El corredor extenso que diversas
Pinturas antiquísimas decoran;
Llego á la sala y me introduzco en ella.
De una mujer (cuya beldad los años,
A pesar de su número, respetan)
En torno, cuatro jóvenes gallardas
Con distracción á su labor se entregan:
Todas á mi saludo corresponden
Cuando el anciano presentóme á ellas,
Y á su vez señalándolas me dice:

"La señora es mi esposa: ésta, Gabriela,
La mayor de mis hijas: Guadalupe
Y Ángela aquellas son. . . De vos muy cerca
A Diana tenéis, joven muy rara,
Presa de mil románticas ideas."
De grana se cubrieron las mejillas
De esta niña gentil: junta las cejas:
De sus azules ojos la mirada
Eclipsa entonces su pestaña crespada,
Y el alfombrado pavimento hiere,
Como dando señales de impaciencia,
Con el extremo de su pie, calzado
De coturno finísimo de seda.

No te puedo decir lo que en mi alma
Pasó al mirarla, amigo: me avergüenza
La sola idea de que yo la amo
Cuando un recuerdo amar sólo debiera;
Y es inútil luchar, porque ya el fuego
De inextinguible amor mi pecho quema.
Ella también ¡si vieras! su mirada,
Que ardiente luz angelical destella,
Detener suele en mí por un instante,
Llena de compasión á mi tristeza.
Yo no sé cómo entonces no me arrojé
A sus plantas contándole mis penas.
¡Oh! dime, amigo mío, dime presto,
¿Qué á mi agitado espíritu aconsejas?
Quisiera abandonar estos lugares
Donde todo es amor, donde las selvas
Me repiten su nombre; do en el viento
A mí el perfume de sus labios llega,
Y un cielo eternamente despejado,
Cual su pupila azul, me la recuerda:
Dejar quisiera esta preciosa quinta
Y me detengo á mi pesar en ella.
No creas en la noche solitaria
Ver ante mí las páginas abiertas,

Del libro que refiere las angustias
Del santo Job, de ese inmortal poeta,
Do la expresión de mi dolor leía
Pasando en meditar horas enteras.
Giran mis ojos sobre el libro, acaso
Sin que nada mi espíritu comprenda:
Quiero dormir para olvidar su imagen,
Y el sueño de mis párpados se aleja:
Abro la puerta de mi alcoba; salgo
A disfrutar la calma placentera
De la callada noche: al Occidente
Llena de majestad la luna llega:
Todo en silencio yace: algún ladrido,
Quizá el rumor de un árbol que en la selva
Trónchase al grave peso de los años,
Se escucha sólo, y mi delirio en vela
De una mujer la imagen á mi vista
Poniendo está, y esa mujer es ÉLLA.

Dime si debo amarla cuando habito
Bajo su mismo techo; si no espera
La vergüenza á mi amor cuando el anciano
Que con suma bondad aquí me hospeda,
Sepa que, pobre y sin ventura, anhelo
El dueño ser de tan valiosa perla.
Dime si debo amarla cuando sigue
La desgracia mis pasos tan de cerca,
Que la joven que tanto me quería
Duerme en silencio ya bajo la tierra.
Dime si es dable que retoñe el árbol
Del corazón que el desengaño seca,
Cuando sus ilusiones y esperanzas
Como el humo fugaz fueron deshechas.

Adiós: mi esfuerzo romperá, lo espero,
De un peligroso afecto las cadenas:
Mi alma gemirá; pero ¿qué importa
Si siempre halló contradicción doquiera?

¡Diana! su imagen torna á visitarme. . .
¡Tan inocente, tan feliz, tan bella!
¿Puedo yo renunciar á su ternura?
¿Puedo apagar la luz de mi existencia?
¿Puede la pluma que en el aire vaga
Tomar la dirección que ella desea?
Se agita y lucha; mas su error conoce
Y á su destino, como yo, se entrega.

TU AMIGO CARLOS.

II.

Carácter físico y moral de la protagonista.—Estado actual de su corazón.

Como el perfume de entreabierta rosa,
Cual la primera luz de la mañana
Cuando aparece en el Oriente hermosa,
Entre la sombra aún, casta es Diana:
En el regazo maternal dichosa,
Con el amor de su familia ufana,
Pacífica resbala su existencia
Por el jardín de tierna adolescencia.

Y es tal la brillantez de su hermosura,
De su faz el encanto soberano,
Que quien de verla alcanza la ventura
Beldad que la asemeje busca en vano:
Del cielo de Colón estrella pura,
Flor que produjo el suelo americano,
Que sólo es dado á suelo tan fecundo
Producir esa flor, gloria del mundo;

La conocí yo mismo en grato día,
Cuando en la catedral piadosa entraba:
Traje de seda pérsica vestía,
Que de la iglesia en el tapiz sonaba:

Atónita mi vista la seguía,
Y al recoger su velo ella mostraba
De su mano de niña la elegante
Forma, que abulta diminuto guante.

Al armiño su blanca tez iguala,
Y es del color del oro su cabello
Si le hiera la luz cuando resbala
Ondas formando de la frente al cuello:
Del granado á la flor roban la gala
Sus peregrinos labios: el destello
De Venus misma si en la tarde oscila,
Muere ante el brillo de la azul pupila.

Su noble forma de belleza rara
Rayo es de luna entre el bosque umbrío,
Y en lo esbelta á las palmas afrentara
Que en Siria moja el matinal rocío:
Si su infantil corteza penetrara
El escalpelo de mi examen frío,
Hallara un alma cándida sin duda,
Más hechicera cuanto más desnuda.

Un alma, sí, que hasta su Dios se eleva,
Que ante sus obras santas se extasía
Y que consigo la esperanza lleva
Del cielo en que habitar debe algún día:
Inocente y sencilla como Eva
Cuando no se manchaba todavía,
Roba la luz que de su centro emana
A la estrella gentil de la mañana.

Alma que, al ver la claridad del cielo,
Llénase de entusiasmo soberano,
Y que se forja un mundo de consuelo
De aqueste mundo miserable y vano:
Que hacia la esfera azul remonta el vuelo
Si oye el sonoro acento del piano,

Y allá su mente la grandeza abarca
Del amor puro que inflamó á Petrarca.

Y este amor para ella todavía
Sin forma ni colores aparece,
Alba serena de brillante día
Que el horizonte apenas esclarece.
En sueños suele oír la melodía
De una voz varonil y se estremece. . . .
Despierta. . . . ha visto ante sus pies á un hombre;
Pero ¿adónde se fué? ¿Cuál es su nombre?

III.

Declaración de Carlos.—Es interrumpida por la llegada de dos nuevos personajes que figuran en esta obra en lo sucesivo.—Un amante desahuciado.—
Un tronera.—Despecho de Carlos.

El noble anciano, Carlos
Y la gentil doncella
Atravesando el parque
A paso lento van:
Brilla en el cielo puro
La vespertina estrella:
Las sombras eclipsando
Bosque y llanura están.

—Aquí, lejos del mundo,
Dice el amable anciano,
Paso dichosos días
De inalterable paz;
Pero á mis caros hijos
De la ciudad el vano
Bullicio y los placeres
Agradan mucho más.

—Papá, razón no tienes,
Diana le responde,
Pues con placer vivimos
En donde vivas tú.

Carlos, tal voz oyendo,
Su turbación no esconde,
Pues era melodiosa
Cual nota de laúd.

A la mitad del parque
Iban, cuando un criado
Que dos viajeros llegan
Avisa á su señor.
Y éste dice á los jóvenes
—No sigo á vuestro lado:
Vos conducid á Diana,
Que yo de prisa voy.

Aléjase, y con Carlos
Al encontrarse á solas,
Baja la vista Diana
Con dulce timidez;
Y del color que tiñe
Campestres amapolas,
Tíñese en el instante
Su alabastrina tez.

Latir el pecho de ella
Sentía bajo el brazo
Que para conducirla
A Diana Carlos da;
Y aunque él hablar pretende,
Esle imposible: un lazo,
A su pesar, su lengua
Aprisionando está.

Caminan silenciosos
Viendo la luz postrera

Que en rojo mar convierte
El horizonte aún;
Y en el tranquilo espejo
Del lago reverbera,
Del astro de la noche
Luchando con la luz.

—Conque, decidme, os vais
A la ciudad, dejando
Que de recuerdos sólo
Viva nuestra amistad;
Y á olvido nos daréis,
No es cierto?— Suspirando,
Carlos responde:—Presto,
Sí, tengo de marchar.

Pero ¿en olvido echaros
A vos, bella Diana,
Por un momento solo?
Jamás! lo juro aquí:
El alma á ciertos seres
Por olvidar se afana
Inútilmente: nunca
Puédelo conseguir.

—Dijeron que (la joven
A quien amabais, muerta)
Viajabais al acaso,
La pena á distraer.
¿A confundir con otro
El corazón acierta
Un delicado afecto
Que eterno debió ser?

—Sí, lo confieso, amaba,
Y en su ataúd mirando
A la adorable joven
De quien habláis, creí

Que el corazón quedase
A todo afecto blando
Cerrado, y goces nuevos
No hubiese para mí.

Pero de vida el germen
Que de verdura cubre
Después de pocos años
La lava del volcán;
Que en Mayo resucita
Las flores que en Octubre
Sobre el estéril suelo
Deshoja el huracán,

Hizo que en mí naciera
Un nuevo sentimiento
De amor y de esperanza,
Y que á su pura luz
Viera más bello el mundo,
Más claro el firmamento;
Hizo que á mí tornase
La antigua juventud.

Sí: en el cantar del ave,
Del viento en el arrullo,
Del órgano que ensalza
La majestad de Dios
En el solemne acento,
Del agua en el murmullo
Grato, sólo percibo
De una mujer la voz.

Bella la ven mis ojos
Del alba en la luz pura,
De sus flotantes nubes
De ópalo al través:
La estrella solitaria
Que en el zenit fulgura,

De su pupila hermosa
Reflejo débil es.

Y esta mujer amada,
Flor de inmortal perfume,
No en las visiones gira
Del joven soñador;
Existe aquí, y el fuego
Que mi ánima consume
¡Oh Diana! es ya del hombre
El verdadero amor.

Si ella me niega el suyo
La adoraré callado,
Como al Señor se adora
En el cristiano altar:
Mil siglos viviría
Ante ella prosternado:
Para adorarla, un día
Fuera la eternidad!

Si alguien llegara entonces
A pretender su mano,
Yo le destrozaría
Con ciego frenesí;
Mas si le amaba ella,
Siendo mi furia en vano,
Quedárame el recurso
Postrero de morir.

—Carlos, callad!— Oidme:
A esa mujer tan bella
Os parecéis, Diana,
En ojos, risa y voz.
Tenéis sus trenzas de oro;
La edad tenéis de ella,
Y ella por nombre tiene
DIANA como vos. . . .

—Silencio, Carlos! . . . ¡vienen!
¡Oís en la espesura
Leve rumor de pasos?—
Cesó apenas de hablar,
Cuando entre la verdura
Del bosque aparecieron
Dos hombres que á Diana
Empiezan á llamar.

Fernando.— Diana, hermana mía,
¡Tú, como siempre, buena?

Diana.— Tal como tú, Fernando.
¡Vos, Álvarez, aquí. . . ?
¡No os esperaba!

Álvarez.— ¡Es cierto!
Y el gozo me enajena
Al ver que habéis un joven
Que os acompañe así.

No bien oye Diana
De este hombre el rudo acento,
Cuando su rostro cubre
Extrema palidez:
Su brazo Álvarez toma
Con brusco movimiento,
Y del extenso parque
Caminan al través.

Envuélvelos la noche
Con su impalpable manto:
Las luces de la quinta
Tras las ventanas ven:
Álvarez y Diana
Van conversando en tanto,
Y Carlos y su huésped
Plátícanse también.

Álv.— Diana, ó yo me engaño,
O el tiempo no perdéis,
Pues departiendo á solas
Con un galán aquí
Os veo á mi llegada;
Y eso que bien sabéis
Que vuestra linda mano
Fué destinada á mí.

Dian.— Me explicaréis. . . . Sin duda

Se trata de asustarme
Como á inocente niña
Con tal severidad;
Pero os diré que nada
Tengo que reprocharme
En esas relaciones,
Hijas de. . . la amistad.

Amigo es de mi padre,
Carlos: si á él me entrega,
Será porque confía
Sin duda en su honradez;
Y si esta confianza
Al corazón os llega,
De ella los motivos
Yo daros no podré.

Fern. (á Car.)— ¡Cómo! ¿Partir tan presto?
No: vuestra compañía,
Os lo aseguro, Carlos,
Nos hace falta aquí:
Noche con noche baile
Tendremos, y de día
Siempre á cazar iremos:
Conque ¿os quedáis? Decid.

Sé que abrigáis pesares
Que os roen las entrañas,

Y el cuento de esa joven
 Que amabais y murió;
 Pero creed, *mío caro*,
 Que todas son patrañas
 En este mundo pícaro,
 Y que de amor los males
 Se curan con amor.

Dian. (á Alv.)—Pues la ocasión ahora
 Se me presenta, os digo
 Que yo no puedo amaros,
 Y que jamás podré:
 Seréis para Diana
 Siempre el mejor amigo,
 Pero el esposo, nunca.

Álv.— Sincera sois á fe!

Fern. (á Car.)—Como os decía, Carlos,
 Lo que pasó, al olvido:
 Haced lo que este Álvarez,
 Que es un volcán de amor.

Car.— ¿Ama á Diana. . . . ?

Fern.— Presto
 Se casan. . . mas ¿se ha ido
 Carlos? Está demente:
 Lo juro por quien soy!

Temores de Diana.—Raro capricho que apenas puede perdonarse á una joven
 de diez y seis años.—El rival se convierte en enemigo.—Sus tramas.

De la silenciosa noche
 Sonaban las altas horas
 Que, despierta, oye Diana
 En el reloj de su alcoba.

En blando sofá de cerda
 Tendida apenas reposa,
 Que por un mar de inquietudes
 Su ánima inocente boga.
 Su vista lánguida fija
 En las pinturas hermosas
 Que las paredes de estuco
 De su habitación decoran,
 O en la tranquila bujía
 Que luz mortecina arroja,
 O en el techo artesonado,
 O en la labor de la alfombra,
 Y nada ve; con ideas
 Tristes ó gratas memorias
 A la sazón ocupado
 Su pensamiento, se arroba.

A un lado está el rico lecho
 Que á medias cubre vistosa
 Cándida tela plegándose
 En columnas de caoba.
 Veneciano espejo, puesto
 Sobre la mesa marmórea,
 Retrata el jarrón de flores
 Que sobre el tallo se doblan.
 El cortinaje de seda
 Dejando en completa sombra,
 Por la entreabierta ventana
 Que da al jardín, misteriosa
 Entra la luz de la luna
 Que los cristales transforman,
 Heridos por ella, en tejo
 De plata bruñida. Formas,
 Movimiento, de ambas luces
 Al desigual brillo cobran,
 Trazados por el artista
 En seis láminas valiosas,



Los personajes que Byron
Hace vivir en sus obras,
A los poetas modelo,
Pero al corazón dañosas.

Terribles dudas combaten
El ánimo de la hermosa
Que, ajena al sueño, se entrega
A sus delirios á solas.
En la riqueza criada,
Con su beldad orgullosa,
Amada de sus parientes,
Las horas una tras otra
Para ella transcurrieron
Gratas y veloces todas.
Era modesto capullo,
Alba que tímida asoma:
Hoy para la flor se acerca
De los perfumes la hora:
Presto un día esplendoroso
Ilustra la excelsa bóveda.
Ama á Carlos, sin que acaso
Ella misma lo conozca,
Porque las pasiones siempre
Terreno ganan incógnitas.
Recordando los sucesos
De la tarde se acongoja,
Pues al retirarse Carlos
Ni siquiera saludóla.
Sin duda al verla con Álvarez
En plática misteriosa,
Creó que los dos se aman
Y que Diana es su novia;
Y no hay tal, que si á su padre
La tiene pedida, sobra
Con que no le ame Diana
Para que se agüe la boda:

O bien del amor antiguo
Las llamas ocultas brotan,
Que, si el ídolo está muerto,
Es inmortal la memoria.
¡Cómo esta última idea
Su amante pecho destroza!
Porque, forzoso es decirlo,
Diana á Carlos adora.
Por un capricho infantil
Que su inexperiencia abona,
En aquel instante mismo
Hallarse pretende á solas
Frente á la pieza que habita
El joven, por si ver logra
(Sabiendo que hasta muy tarde
Suele éste leer) su sombra.
Contigua á la de Diana
La alcoba está que las otras
Hermanas habitan: quiere
Saber si duermen: llamólas
En voz baja: "Guadalupe!
Ángela! Gabriela!" . . . Ahoga
Su respiración y aplica
El oído. . . "Duermen todas"
Dice: al corredor se lanza:
Su pie el suelo apenas toca.

De traje blanco vestida,
Sin atar las trenzas blondas,
Por el corredor que alumbra
La luna al Ocaso próxima,
Se adelanta: quien la viese
Tomara su esbelta forma
Por un rayo de aquel astro,
Si el ruido de la ropa
Que arrastrando levemente
Va en su marcha misteriosa,

La realidad no le hiciera
Conocer.—Pero á muy corta
Distancia della elevóse
Bulto de apariencia torva
Que camina, si camina
Ella, ó sus pasos acorta
Si se detiene. . . . Tras ella
Siempre, parece su sombra;
Y no le ha visto Diana,
Que ya en la reja se apoya
De la ventana de Carlos
Llena el alma de zozobra.
Las cortinas por olvido
Están plegadas ahora:
Iba á retirarse y quédase,
Que á Carlos divisa y nota
Que, hacia la mesa inclinado,
Ve de pincel linda obra.
Encima de la carpeta
Do sus papeles coloca,
El retrato de una joven
Tiene. De la fresca rosa
En sus cabellos prendida
Contrastan las tintas rojas
Con la palidez ligera
De su semblante: en su boca
Vaga inefable sonrisa:
Como un ángel es hermosa,
Y absorto la mira Carlos
Con expresión melancólica.
Suspira, y Diana exclama:
“No es por mí: fué por la otra.”
A la vidriera sus ojos
Alza Carlos. . . . Temerosa
De haber sido descubierta,
Se retiraba á su alcoba,
Cuando, al ir pasando frente
A una escalera, la sombra

Que antes la seguía, dijo:
“Muy buenas noches, Señora.”
Lanza grito involuntario,
Al cuarto llega medrosa,
Y oye, temblando, la voz
De su madre que la nombra:
Diana, Diana. . . . ¡Hija mál!
¿Has oído? —No, señora,
Contesta: “dormida estaba,”
Y se ruboriza á solas.
“Pero ¿quién es —se pregunta,—
Esa fantasma ó persona
Que me saludó?” Confusa,
Con las sábanas se arroja;
Y dormida á quedar vino
Hasta que rayó la aurora.

No bien ella entrado había,
Cuando el amante se asoma
A la puerta de su cuarto.
Tras su vidriera la forma
De Diana ver ha creído:
Su mirada indagadora
Por el corredor pasea,
Y sale sin que se oigan
De la noche en el silencio
Grave sus pisadas sordas.
De pie contra el antepecho
Del corredor ve la sombra
Que antes siguiera á Diana,
Y que al llegar él ahora,
Adelántase á encontrarle
Y la faz se desemboza.
—¿Quién sois? el joven pregunta.
—Carlos, buenas noches.—¡Hola!
¿Vos en este sitio, Alvarez?
—¿Vos aquí y á tales horas?

—El fresco á tomar salía.
—A mí el lecho me acalora
También.—En esto hay misterio
Y es fuerza que yo le rompa.
—Misterio nó; y, supongamos
Que así sea, ¿qué os importa?
Yo sé que vive en la casa
Uno de los dos de sobra.
—Vos sin duda.—No, á fe mía,
Que veo en Diana á mi esposa,
Y os juro que al que intentare
Estorbarlo, aquesta hoja
Le clavaré.—Por Diana
Diera vida y alma y honra;
Pero es vuestra alma, os lo juro,
Para arrancármelas poca,
Que escaso valor sin duda
Encubre facha traidora.
—Tened la lengua.—Es inútil,
Álvarez; cuanto usted oiga
Mi espada en cualquiera sitio
Y en día cualquiera abona.
—Niñerías, niñerías!
Hablemos en pura prosa,
Porque, os lo diré, Don Carlos,
Lo novelesco me choca.
Farsas de capa y espada,
Según literarias crónicas,
Puso en la española escena
El buen Calderón en boga;
Pero Calderón ha muerto:
Dios le tenga allá en su gloria!
¿De nada sirven los años?
¿Armaremos trapisonda
Cual dos imberbes lo harían
Novicios en estas cosas?
Desde hoy amigos seamos,
Y de entrambos ella escoja,

Y el desechado en paciencia
Sobrelleve su derrota,
Que las mujeres abundan
Y el entusiasmo retoña.
¡Eal Carlos, buenas noches;
Todo ha sido pura broma,
Olvídese todo.—Carguen
Los diablos con esta zorra!

Dijérase que, avisados,
Cuantos en la quinta moran
Hacen de la noche día,
Porque de una puerta próxima
Al sitio en que estaba Carlos,
Giran las dos altas hojas
Cuando éste se va. Una vieja
Asoma su faz rugosa:
Gafas antediluvianas
Sobre la nariz coloca:
El cuello inmenso alargando
Durante un cuarto de hora,
Su perspicacia le avisa
Que á su intento nada estorba;
Y al fin, saliendo del cuarto,
Con Álvarez se apersona.
—¿Has averiguado? . . . —Es cierto:
Por él mi ama está loca.
—Lo sabía.—En cuanto al baile,
Ocho días le demoran,
Porque Don Fernando quiere
Que este sea un baile en forma.
Jóvenes amigos suyos
Han de venir, y señoras
Convidadas por las niñas.
¡Carnestolendas dichosas!
Bien hayáis! que de tristeza
Hartas aquí estamos todas.

—¿Y los disfraces?—Diana
Prepara el suyo. . . . una cosa
Que han dado en llamar dominico.

—Será dominó.—¡Qué tonta
Soy! Cabal. ¡Malditos años!

—¿De qué color es?—La ropa
De ancho camisón á guisa
Es de raso blanco, y roja
La capucha.—¿Su careta?

—Como de joven hermosa,
Y tiene por distintivo

Un lunar sobre la boca.

—¿Y el traje de él?—Anoche

Supe yo por carambola

(Pues lo dijo su criado

Entre reservadas bromas

A mi sobrina) que encarga

Hoy la vestidura propia

Para salir de *Quevedo*;

Nombre de alguno que mora

En tierras de la otra banda,

No sé si en España ó Roma.

—Estuve aquí, buena vieja,

Esperándote dos horas;

Pero me has traído al cabo

Noticias satisfactorias.

Con el ojo alerta sigue:

Toma entretanto esta bolsa,

Y olvídate de que hablamos

Sobre el asunto una jota.

Quando Álvarez se retira

La luna tras alta loma

Su faz oculta, dejando

Envuelta la tierra en sombras.

Murmura un *Ave María*

La vieja viéndose sola,

Y con descarnada mano
Su rostro santigua hipócrita.
De su recámara á tientas
Anda tras la puerta: hallóla
Y entra por ella temblando,
Como tortuga en su concha.

V

Amor inextinguible de Carlos.—Resolución tomada por Diana.—Júbilo de Carlos.—Enfermedad moral de que suelen adolecer las personas de imaginación muy viva.—Podemos utilizar esta enfermedad.—Un amigo predice á Carlos lo que más adelante acontece.

CARTA A DIANA.

En tus manos he puesto mi destino:
Cese la incertidumbre que me acaba:
Ayer, ayer tu corazón temblaba
Quando oíste el lenguaje de mi amor.
Un extraño después se me aparece
Que mi esperanza trueca en amargura,
Porque me dijo: "Esa mujer tan pura
Tuya no puede ser: tiene señor."

Anoche, cuando en tí pensaba á solas
Y por mi ingratitud perdón pedía
A la imagen de aquella que algún día
Único dueño de mi afecto fué,
Ví tu forma al través de la vidriera,
Iba á echarme á tus pies entusiasmado,
Y en tu lugar ese rival odiado
Que entre nosotros se interpone, hallé.

Yo no puedo vivir en esta duda:
Quiero oír de tus labios la sentencia;
Pero ¡no la pronuncies! Mi existencia
Necesita el tesoro de tu amor.

Si el afecto no sientes que inspiraste,
Deme tu labio una esperanza sola:
El náufrago que envuelto va en la ola
Quiere asirse de leño protector!

¿Qué te puedo ofrecer, niña adorada?
Bajo mi techo la pobreza mora;
Ni á mi frente da sombra bienhechora
De la gloria el magnífico laurel;
Mas, oye, si acogieras tú los votos
Del corazón que con su amor se quema,
Sería para él dicha suprema
Porque le amaras tú sólo por él.

Entonces mi ambición despertaría
Para ofrecerte un nombre en holocausto:
Entonces, como ahora, en medio al fausto
Brillaría tu célica beldad;
Y al recordar que cuando yo era pobre,
Tú con tu amor para endulzar mis días
De la opulencia descendido habías,
Me respetara á mí la sociedad.

¡Oh! presta luz á mis nublados ojos:
Presta á mi corazón seguro asilo:
Dime que puedo ya vivir tranquilo,
Dime que aceptas mi rendido amor;
Pero si así no fuere. . . al menos dame
Una esperanza, una esperanza sola!
El náufrago que envuelto va en la ola
Quiere asirse de leño protector!

CARLOS.

RESPUESTA DE DIANA.

Al corazón llegaron tus palabras
En esa tarde, sí, te lo aseguro,
Porque tu amor es entusiasta y puro,
Porque el objeto soy que le inspiró;
Mas te engañas creyendo que te amo
Porque mi agitación allí fué mucha:
Toda mujer que ese lenguaje escucha
De confusión se llena y de rubor. —

Si ser feliz con el amor pudiera,
Carlos, mi corazón te adoraría,
Y con orgullo, sí, compartiría
Tu pobreza, tu noble obscuridad.
Mi suerte otra será! Desde la infancia
Me lo dice fatal presentimiento:
Yo nací condenada al aislamiento;
Con ser alguno me uniré jamás!

Desde niña, un deseo indefinible
Se apoderó de mi alma y la consume:
He amado de la flor sólo el perfume;
Más claro aún, he amado lo ideal:
Y al descender de las regiones puras
A que el mortal en sueños se sublima,
Todo en el bajo mundo me lastima;
Hallo, de un cielo en vez, triste erial.

Amo la soledad cuando el otoño
Enluta el cielo con tristeza suma,
Cuando juegan los vientos con la pluma
Que el ave errante al emigrar soltó:

Y preguntando á alguien si sentía
Emoción inefable al ver la hoja
Que el norte arranca y en el fango arroja,
Mi pregunta al oír, se sonrió.

¿Por qué no me comprenden? ¿Por qué al verme
Por los bosques errando solitaria,
Me apellidan la joven visionaria,
O tachan mi carácter de infantil?
Tú que en el mundo vives, conociendo
La enfermedad que en mi interior se esconde,
Pon la mano en tu pecho y me responde:
¿Con una esposa tal, fueras feliz?

He creído también que amar pudiera,
Y he forjado en mis sueños un amante
Que mi existencia pasajera encante,
Que me dé con su mano el corazón.
Álvarez me pretende para esposa,
Hallar correspondencia en mí esperando;
Pero no le aborrezcas: te lo mando:
Odio hacia él no siento ni afición.

Renuncia á tu esperanza. Acá en la tierra
Como ahora, otras veces has amado:
De tu afecto el tesoro, minorado,
Sus primicias no puede ya ofrecer.
Este capricho tuyo pasaría,
Y rastro de dolor en mí dejara;
Diverso amor á poco te ocupara,
Y la pobre mujer ama una vez!

Si á la tuya enlazara yo mi suerte
Y disipado tu cariño viera,
¡Cuánta mi desventura entonces fuera!
¡Ay! á tu lado ¡cuánta soledad!

Si de mi fe dudaras y tus labios
Una palabra me dijeran fría,
¡Una sola palabra! moriría
Cual ave sin calor ni libertad!

Leiste ya como en abierto libro
En este corazón. . . . Falta una hoja,
Y el seguirla ocultando me sonroja:
Tendré para enseñártela valor.
Pudiera amarte yo. . . . ¡quizá te amo!
Hago esta confesión á un caballero;
Pero escúchame, Carlos, yo lo quiero:
Nunca vuelvas á hablarme de tu amor.

D***

CARLOS A SU AMIGO J.***

Yo soy el más feliz de los mortales:
Mira esa carta que escribió Diana,
Y cuéntame si hay ventura humana
Que á la mía se pueda comparar:
Dime si es suficiente nuestra vida
Para amar á esa joven hechicera:
Dí si mi afecto amortiguar pudiera
En su curso la misma eternidad.

¿Qué importa su carácter visionario,
Cuando yo mismo pienso como ella;
Si en él la luz que fúlgido destella
El ingenio en su aurora descubrí?
Doblemente la adoro: ella me ama.
¿No es cierto que en su carta me lo ha dicho?
Impóneme silencio su capricho;
Mas soy feliz. . . . ¿qué importa el porvenir?

Del corazón el júbilo desborda:
Necesito esplayar mi sentimiento,
Como, agitado por el recio viento,
Lecho más grande necesita el mar.
¿A quién mejor que á tí comunicarlo?
Respóndeme y aumenta mi alegría:
Dime que envidias la ventura mía;
Que jamás como yo supiste amar.

CARLOS.

RESPUESTA A CARLOS.

He amado como tú. . . . Mi alma entusiasta
Prodigó acá en la tierra su ternura,
Y una vez y otra vez en la amargura,
Cosecha de su anhelo, se anegó:
Como el fénix, amante revivía;
Como el árbol, su pompa restauraba:
Llegó día en que el árbol seco estaba,
Y hojas nuevas á echar nunca volvió! —

No puedes figurarte la tristeza
Con que mi juventud hoy echo menos,
Mirando el esplendor de la belleza
Concedida por Dios á la mujer;
Mas si en la playa estoy, viejo marino,
Libre ya del naufragio, desde lejos
Doy siquiera mis útiles consejos
Al que en los mares, como tú, se ve.

¿Conque tu corazón, que tú creías
Muerto para el amor, ha despertado,
Y ya al carro triunfal hállase atado
De esa mujer que es ángel para tí?

Que la llames tu esposa y tus caprichos
Sufra con siempre igual benevolencia;
Que con su amor prolongue tu existencia;
Que te cierre los ojos al morir!

La enfermedad que en su interior germina,
El noble sentimiento es de lo bello:
De la luz celestial rico destello
Que á pocas almas en el mundo hirió:
La facultad de hallar los atributos
Que revelan de Dios la omnipotencia
En seres mil en que la estéril ciencia
La forma material solo admiró.

Pero este sentimiento necesita
Fin ó blanco hacia el cual nos encamine,
Pues de la vida el germen debilita
Si nos conduce á errar en lo ideal:
Tuercce nuestra razón, el cuerpo enerva
Y para el bien y el mal nos deja ineptos;
Siempre en el corazón de sus adeptos
Rompe ó relaja el vínculo social.

Cuando tengas dominio sobre ella,
Dícelo así: comprenda su talento
Que puede utilizar tal sentimiento
Sobre la tierra ejecutando el bien.
Ame con tierno afecto á su familia;
Preste en su hogar al caminante abrigo;
La desnudez socorra del mendigo,
Y á su hambre dé pan, agua á su sed.

Sueñe con otro mundo, pero sea,
Siempre á la luz de mística esperanza,
Con aquél donde premio el justo alcanza
Cuando su corazón la muerte heló:

Sepa que el áureo cáliz de la vida
Pone la dicha en su engañosa espuma,
Que la bebida es de amargura suma,
Y apure hasta las heces con valor.

No quisiera decírtelo; mas, siendo
De sensibilidad ella un tesoro,
Mucho temo que ofendas su decoro
Tú, sospechando injusto de su fe.
Conozco tu carácter: cuando amas,
De tu sombra y tu voz tienes recelo:
Si tal haces, su amor truecas en hielo,
Que es única en su especie esta mujer.

Es el cristal que, limpio y transparente,
De leve duda al hálito se empaña:
La sensitiva que al contacto ardiente
De la mano del hombre se alarmó.
Si su delicadeza una vez hieres,
Cuando su estimación hayas perdido,
Aunque le quede el corazón partido,
Ella jamás te volverá su amor.

Quiérela, sí, porque beldad tan rara
Unida á tan excelsa inteligencia,
Se halla sólo una vez en la existencia,
Como en lóbrego cielo blanca luz.
El entusiasmo que tu dicha inspira,
Distracción á mis penas hoy ofrece:
Al corazón gastado le parece
Que ha vuelto á su primera juventud!"

J.***

VI

Paisaje de primavera.—La juventud de la naturaleza asociada á la juventud del corazón.—Diana admite los votos de Carlos.

En la margen bellísima del lago
Que ni el más leve céfiro acaricia:
Cuando ya de la tarde el ruido vago
La noche acalla, á la quietud propicia:

De las estrellas al fulgor brillante
Que en las serenas aguas reflejaba,
Carlos, pintado el gozo en su semblante,
Con el objeto de su amor se hallaba.

En la lejana extremidad del monte
Tapizado de rubias sementeras
Y sobre el fondo azul del horizonte,
Su cresta dibujaban las palmeras.

Era en el mes de Marzo, y se cubría
De hojas el árbol, de verdor la loma:
La flor su seno virginal abría,
Su amor cantaba la gentil paloma.

Tibia la brisa que del ancho prado
Meció en la tarde las nacientes galas,
Sobre el botón del azahar nevado
Duerme, plegadas las volubles alas.

Diana, sentada sobre el césped blando
Al pie del oloroso limonero,
Guarda silencio, estática mirando
En la bóveda azul blanco lucero.

De la luz de la choza los destellos
Hieren el lago: el labrador activo
Eleva sus cantares, y hace en ellos
Dulce recuerdo del país nativo:

“Si da la noche tregua al trabajo,
A mi cabaña del monte bajo;
De mi semblante limpio el sudor:
En nada pienso durante el día;
La noche umbría
Trae recuerdos al corazón.

“Viene á la mente mi alegre infancia,
Padres, hermanos, y la fragancia
De aquellos campos donde nací:
La casta joven de sumo encanto
Que quise tanto
Y á ver no he vuelto, pobre de mí!

“Ingrata es siempre la tierra extraña:
En ella á el alma sensible daña
Vago el recuerdo de antiguo bien:
La edad disipa sueños brillantes. . .
Tiernos amantes,
En la mañana la flor coged!”

—¿Oyes, Diana? . . . Aquí, bajo este cielo
Salpicado de nítidas estrellas,
Mudos testigos de mi amante anhelo,
Cual las del clima de mi patria bellas:

Aquí, sobre la tierra perfumada
De primavera con el tibio aliento,
Donde ahora es el agua sosegada
Argentino tapiz, música el viento,

Tu amor reclamo yo, porque mi alma
Vive sin él como en desierto ardiente
Falta de lluvia la marchita palma,
Cual pobre pez en agotada fuente.

Que al traerme á vivir bajo este clima,
Poniendo ante mis ojos tu belleza,
Dios no quiso que el fuego que me anima
Fuera ocasión de perennal tristeza.

Que al arrojarte Dios acá en el mundo,
Para que fueras te arrojó, Diana,
De acciones nobles manantial fecundo
En el erial de la desdicha humana.

¿Respuesta no me das y palideces?
Dime que nó; que, tan ilustre y bella,
Un esposo mejor que yo mereces. . .
¡Nunca otra fué mi maldecida estrella!

Un corazón humilde, un nombre oscuro
Piedad á la mujer piden en vano,
¿No es cierto? dí. . .

—No, Carlos, te lo juro:
Tuyo es mi corazón; tuya mi mano!

Tú los viste, ¡oh noche silenciosa!
Cuando tu curso apenas comenzabas:
Con tu misterio su ilusión dichosa,
Con tu esplendor su fuego acrecentabas.

Esa inocente niña su cabeza
Reclinaba en el seno de su amado,
Y, mudo adorador de su belleza,
Contemplábala él entusiasmado.

Con mano ardiente su cabello de oro,
En dos trenzas copiosas recogido,

Acariciaba, y al metal sonoro
De su amorosa voz prestaba oído.

De Diana las pupilas peregrinas,
De su ternura casta en los accesos,
Lágrimas eclipsaban diamantinas
Y él las secaba en el instante á besos!

En tanto el lago de cristal dormía,
Quejábase en el árbol la paloma;
La luna, hacia el Oriente, aparecía
Tras el declive de la extensa loma.

VII

Un seudo-político de los que abundan en el país.—¿Está enamorado de Diana,
ó de sus diamantes?—Temores que inspira su conducta.

No sé si en mi paleta habrá colores
Con que yo retratarte, Álvarez, pueda,
O si, á pesar de artísticos sudores,
A mi aliento una empresa tal exceda.
Veo que tus acentos tronadores
Oye con atención ilustre rueda,
En la que hablar osara otro ninguno;
Tu profesión conozco: eres tribuno.

Tú marchas del progreso por la senda,
Y quieres á los pueblos oprimidos
Quitar la espesa vergonzosa venda
Que tejieran tiranos foragidos;
Y, aunque este pueblo mísero no entienda,
Por más que lleguen siempre á sus oídos
Las palabras que brotan de tu labio,
Padre te llama y te proclama sabio.

Emancipar la gran familia humana
Es tu anhelo especial, ¡anhelo santo!
Mas dime ¿por qué zurras la badana
A tus pobres domésticos en tanto?
Ángel de tolerancia soberana,
¿Por qué no extiendes de la patria el manto
Sobre el menesteroso que te roba
En el seguro de tu misma alcoba?

Tachas al propietario de egoísta
Porque al pobre sus tierras no reparte:
Es hombre nulo para tí el artista
Y máquina venal quien sigue á Marte;
Mas ¿qué rumor metálico la vista
Te hace volver solícito á otra parte,
De la ley en el noble santuario?
¡Silencio! el mes acaba. . . ¿es su honorario!

No imitas al honrado ciudadano
Que al poder echa en cara sus abusos,
O si él gobierna, con robusta mano
Sabe á raya tener á los ilusos:
De la chusma insensata (y nunca en vano)
Halagas tú los corrompidos usos;
Te ofrece cuenta conservarla amiga;
Oro es tu ley; la patria, tu barriga.

Tu suerte ¡cuán diversa de la mía!
En el ocio tu vida pasa entera,
Y en la mitad de tan holgada vía
Te aguarda, sí, ministerial cartera.
Yo por ganar el pan de cada día,
Aguzo cuanto puedo la mollera,
Y, anotando guarismo tras guarismo,
Hallo en mí siempre el arrancado mismo.

Bien; sigamos así; mas dime, ¿cómo
Hirió el amor tu corazón de acero

Y ha convertido á Bruto en fiel palomo
De albo plumaje y canto lastimero?
A la verdad, mi entendimiento romo
Esto no acierta á concebir: yo quiero
Me digas si á Diana haces la ronda,
O á sus ricos diamantes de Golconda.

Quiero también me digas (y dispensa
Si de prudente límite me salgo,
Y á tomarlo no vayas por ofensa,
Que un Potosí por mi franqueza valgo)
Si entre la diosa á quien tu amor inciensa
Y tu persona, de común hay algo;
Si puede competir rastrera planta
Con el cedro que al cielo se levanta.

Y si no fuere así, tu alma patriota
Por qué, experimentando sus desdenes,
Con nube de tristeza se encapota,
Y con ira te aprietas ambas sienes?
Ello, si estás en público, se nota
Que tu dolor y cólera contienen,
Pues sabes que este género de males
Suele á risa mover á los mortales. —

Inspira miedo la serpiente astuta
Que al peregrino con su aliento enerva,
A un lado puesta de la estrecha ruta,
Do á la vista se esconde entre la hierba.
Gusta el gusano de horadar la fruta
Que el hortelano á su festín reserva,
Y aunque la encuentre verde, echa en su seno
El inmundo licor de su veneno.

VIII

Preparativos de boda.—El baile en la quinta.—El dominó blanco.—Don Francisco de Quevedo.—Reconciliación de Álvarez y Carlos.—Una carta anónima.—El desengaño.—Rompimiento.

Con regocijo acepta la familia
A Carlos para esposo de Diana,
Que si carece de riqueza, alberga
Su noble pecho cualidades altas.
Asoma la alegría á los semblantes
De hombres y de mujeres cuando hablan
Del proyectado enlace que, sin duda,
Tendrá efecto en la próxima semana.
No faltan sonrisillas picarescas
O señales equívocas de lástima
Hacia el galán que, cual la antigua zorra,
Las uvas que apetece verdes halla:
Y es fuerza, al contemplar la indiferencia
Con que á la hermosa novia Álvarez trata,
Crear que en su alma con valor extingue
Hasta el vestigio de amorosa llama,
Y que del mundo imbécil (imitando
Al Sabio Rey) los desengaños palpa.

El buen humor de todos contribuye
A dar lustre al primer baile de máscaras,
Por hallarse en el cual, vinieron jóvenes
De la ciudad cercana, ilustres damas,
Músicos y demás gente curiosa
Que á la bulla concurre, aunque no baila.
Cubre púrpura alfombra el pavimento,
Cuadros y espejos las paredes blancas
De la sala espaciosa y, por do quiera,
Puestas las flores en marmóreas jarras,
Su perfume exhalando, se marchitan,
Cual la inocencia en el festín se empaña.

Brilla la esperma en candelabros de oro,
Sus instrumentos mágicos ensayan
Los músicos, y pueblan el recinto,
Con disfraz ó sin él, personas varias.
El cabello trenzado con esmero,
De alabastro la tez, de fuego el alma,
Flexible la cintura como el junco
Que se comba en la selva solitaria,
Doncellas mil en brazos de los jóvenes
Vuelan girando en la festiva danza. —
La atención de la noble concurrencia,
Cual ningún otro, en el momento llama
Ligero dominó de raso blanco,
Que lleva capuchón color de grana.
Su careta finísima remeda
Semblante femenino lleno de gracia;
Leve lunar junto al carmíneo labio
De la sedosa tez la nieve esmalta.
En su redor apñase la turba
De los curiosos que su mano palpan,
Reconociendo en ella bajo el guante
Tal pequeñez, que en fabulosa raya.
Otros, della detrás, con disimulo,
De su ropa talar alzan la falda,
La bella forma de sus pies mirando,
Que diminutos borceguíes calzan;
Y se dicen los hombres al oído
Que otra no puede ser sino Diana
Quien así se disfraza, y ya su mano
Quién para el comenzado vals demanda,
Quién para la cuadrilla ó la mazurca,
Quién para la tercera contradanza;
Mas ella se escabulle y deja á todos
Tendiendo en vano con afán las palmas.
También excita de la sala en medio
Vivas curiosidades otro máscara,
Que á Don Francisco de Quevedo imita
En el aspecto y la festiva charla.

Va mostrando la cruz de Santiago
En su capa, y un pie disforme arrastra
Por dar á niñas, jóvenes y viejas
Zumba mortal en sus rimadas sátiras.
Con la faz verdadera de Quevedo
De su careta es tal la semejanza;
Tan bien conoce del poeta insigne
Hasta las más ligeras circunstancias,
Que poco á poco el círculo se aumenta
De los que á oír acuden sus palabras:
Suspéndese la danza, y olvidados,
Como si á leguas cien de allí se hallaran,
Quedan algunos máscaras de aquellos
Que entran en el salón, miran y callan,
O, si á soltar la lengua al fin se atreven,
Hablan *de usted* y necedades hablan.

De la turba de oyentes á ese tiempo
Álvarez en su traje se separa:
Habla al oído á *Don Francisco* y llévale
A la pieza al salón más inmediata,
En la cual abundante y rica cena
Está por diestra mano preparada.
—“Carlos, le dice con su voz melosa,
De Quevedo el papel jugáis con gracia;
Pero personas hay que os conocieron,
Y es ya inútil fingir. . . . Yo deseaba
Una ocasión cual ésta, en que deciros
Que vuestra dicha júbilo me causa:
Mi amor he sofocado para siempre.
¡Diana con su amor feliz os haga!
Y en prueba de amistad, aquí apuremos
Si os parece, dos copas de Champaña.”
Acepta Carlos. Álvarez las copas
Llena, y en la de aquél una substancia
Desconocida echó con disimulo:
Ambos las copas cogen. . . . las levantan,

Las chocan, beben, y de allí á un momento
Cual dos amigos íntimos se apartan.
Y, no bien al salón llegaba Carlos,
Cuando cierta solícita criada,
De quien harán memoria mis lectores,
Al joven temblorosa manó alarga
Para darle un papel, y se retira
Mientras Carlos por él la vista pasa.

“Soy un amigo vuestro (le decían,
Sin fecha y firma en la supuesta carta)
Y de ver que Diana está jugando
Con vuestro corazón, dueleme el alma.
No creáis en la boda prometida:
Antes que vuestro amor ella pagara,
Ya de su corazón otro era dueño,
Y hoy viene á reclamarle su palabra.
Si crédito no dais á estos renglones,
Salid por un momento de la sala
Y en la sombra esperad, porque al amante
Cita para el jardín tiene ella dada,
Y á veros un instante descuidado,
Para cumplir su compromiso, aguarda.
Pero escuchadme, Carlos: no vayáis
A armar aquí con vuestra afrenta zambra;
Nada de quijotismo; el que es prudente,
De lo que mira se aprovecha y calla.”

Intención tuvo Carlos de hacer trizas
El vil papel que la pureza mancha
De su hermosa Diana; pero tiende
La vista, y lo que ve su sangre cuaja.
Con máscaras diversas, allá lejos,
Diana estaba en misteriosa plática:
Carlos creyó notar que sus acciones,
Sin perderle de vista, ella espiaba,
Y entonces el demonio de los celos
En su pecho infeliz hinca la garra.

“Con cerciorarme nada pierdo (dice)
De lo que anuncia esa funesta carta.”
Y hasta el confin del corredor obscuro
Corre, y allí temblando se agazapa.

Cuando él salió, por la contraria puerta
Con traje al suyo igual, asoma un máscara:
Pasea su mirada recelosa,
Luego se acerca adonde está Diana
Y le dice al oído: “Necesito
Hablarle en el instante dos palabras.”
“Bailaremos, Diana le responde,
Creída ya de que con Carlos habla;
Mas él insiste en que al jardín vecino
Vayan los dos mientras la gente baila.
Acalorada ya con la careta,
La agitación causada por la danza,
La luz, la concurrencia, ella sentía
Arder sus ojos cual si fuesen brasas:
Un helado sudor bañó su frente,
Y vueltas daba en su redor la sala;
Mas, conociendo el genio caprichoso
De su amante, hacia afuera le acompaña,
En él se apoya y dícele: “Hace rato
Que te quería hablar. . . me siento mala.”
—“Tal vez el aire fresco de la noche
Disipará tu malestar.” Llegaban
En esto á aquella puerta que salida
Presta al jardín: desdobra una ancha capa
Nuestro desconocido y se arreboza,
Sin que manejo tal advierta Diana.

No bien los viera Carlos dirigirse
Hacia la fuente del jardín, á gatas
Corre por los lugares más sombríos;
Hiérese rostro y manos con las zarzas
Que le obstruyen el paso: da un rodeo,
Y, al fin, detrás de una ruinosa tapia

Se detiene. . . comprime los latidos
Con que su corazón del pecho salta,
Y con sus manos trémulas sofoca
Hondo gemido que partió del alma.
De las estrellas á la luz incierta
Ve que muy cerca de él los dos se abrazan,
Y que el desconocido imprime un ósculo
En la frente de aquella que le engaña:
Por si incompleto el desengaño fuese,
Llegaron á su oído estas palabras:

Desc.—“Temo, sí, por mi amor mientras ese hombre
Continúe viviendo en esta casa;
Su vista me enfurece. . . .”

Dian.— “Sólo un ciego
Pudiera no advertir que sólo ama
A tí mi corazón; que mis riquezas
Son lo que á él únicamente halaga:
Mas ¿por qué disfrazado permaneces?
¿Por qué finges la voz. . . .?”

Desc.— Vaya, Diana,
Retirémonos ya, pues frío el viento
Sopla y á tu salud acaso daña.”

Cual leona á quien roban sus cachorros
De la espesura enfurecida salta,
Viendo que los amantes se retiran,
Carlos salvó la derruida tapia.
Despareció el traidor. . . . El rostro vuelve
Ella cuando arrancábase la máscara
Carlos, y al verle, un grito de sorpresa
Y espanto su convulso labio exhala.
Él se acercó, pintada en su semblante
La agonía, el deseo de venganza,
Y apoyando su cuerpo contra un árbol,
Inmóvil permanece como estatua.
Diana sus manos lleva hacia la frente,
Porque creía que soñando estaba.

“No; yo estoy loca,” dijo. “¿Eres tú, Carlos?
Respóndeme. . . ¿no sé lo que me pasa!”
—“Soy yo,” contesta Carlos. “Si hombre alguno
Cuanto he visto y oído me contara,
Lejos de darle crédito, mi mano
Hoy ostentara una sangrienta mancha,
Y de tal homicidio tú, sin duda,
Fueras, mujer, la despreciable causal!”
—“Esto no puede ser,” clamaba ella:
“Alguno mutuamente nos engaña.”
De pronto vaciló. . . su frente ardía,
Al corazón su sangre se agolpaba:
“Todo se aclarará,” dijo, tendiendo
Hacia su amado las errantes palmas:
“A mi aposento, por piedad, me lleva:
No me puedo tener; estoy muy mala.”
Carlos allí con ímpetu terrible,
De indignación temblando, la rechaza.
De su rival en pos correr quisiera,
Y el narcótico ya su vista empaña,
Sus miembros entorpece. . . da tres pasos. . . .
Anúdase la voz en su garganta,
Y derríbale al fin sueño invencible
Sobre el tapiz de la extendida grama.—
Diana en tanto en la pared se apoya
Del largo corredor; su cuerpo abrasa
La fiebre; lanza allí débil gemido;
Torna á seguir su trabajosa marcha,
Abre la puerta de su alcoba, y entra
Y se desploma, de sentido falta.

SEGUNDA PARTE.

I

Filosofía que suele ser el resultado de la desgracia.—Carlos abandona la quinta.—El día nublado.—Un momento de agonía.—Diana enferma.—Vanidad de la ciencia.—Raro sueño de Diana.—Pierde la razón.

“Toda mujer es vaso de veneno
Que á sus labios incanto el hombre lleva:
La más hermosa, tímida, inocente,
Es flor que abriga un áspid en su seno.
Pon á sus pies tu corazón ardiente,
Hombre insensato, de esperanzas lleno;
Cifra tu bienestar en su cariño,
Confíala tu honor, tesoro santo
Que al aire ha de esparcir hecho ceniza,
Para reir de tu candor en tanto!

“El hombre por capricho quiso un día
Planta rastrera levantar del cieno;
Altares le erigió; se prosternaba
Para adorarla: necia idolatría!
La planta al cieno en que nació tornaba:
Vivir en otra esfera no podía.

“¿Por qué vestir con oropel brillante
Esa deformidad, esa impureza,
Y un alma atribuirle y sentimiento?
El mundo antiguo, de locura exento,
A la mujer consideraba sólo
De placer material como instrumento.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

“Y luego, obrar el bien ¿de qué nos sirve
Si todos los afectos son burlados,
Si enemistad el hombre halla en la tierra
O indiferencia sólo? Da al amigo,
Al que amigo se llama, da tu mano:
Tendiéndote su diestra, con la otra
Hiere tu corazón y te asesina.
¡Oh! la amistad es cosa peregrinal

“A sí mismo bastarse el hombre debe;
Cerrar su pecho á la piedad, alerta
Permanecer contra la astucia humana;
Y, ya que manantial es de dolores
La sociedad, vivir en aislamiento,
Y anegar en la hiel de la experiencia
De lo bello y lo grande el sentimiento.”

Carlos así decía, y caminaba
La quinta abandonando. —Triste el día
Su claridad con la neblina vela:
Empapaba las hojas de los árboles
Lluvia menuda: el lago solitario
Ostentaba sus ondas cenagosas
Que no azota el alción: la golondrina
Para buscar al sol remonta el vuelo,
Pues que el invierno ha vuelto se imagina
Al ver triste la tierra, obscuro el cielo. —
Por el acerbo desengaño herido
Aquel hombre leal y generoso,
Cree que en la tierra la virtud no existe;
Huye del trato humano, y á porfía
Bebe en odiosa copa la cicuta
De una falsa y cruel filosofía.
Prosigue caminando silencioso
Y de pronto se pára. . . . De allí cerca
El sitio estaba que le vió dichoso,
Oyendo de los labios de Diana
La confesión de amor. El limonero,

Que sus ramas sobre ellos extendía
Aquella noche; el dilatado lago
Que á sus pies mansamente se adormía;
El vespertino cándido lucero
Que de su amada la atención robaba;
El dulce canto que en la brisa erraba
De intérprete sirviendo al pensamiento
Que él abrigaba entonces, todo vino
A su memoria. . . . En medio del camino
Detuvo su caballo en el momento:
Con ambas manos ocultó su rostro. . . .
La fortaleza estoica no existía:
A gritos aquel hombre sollozaba
Y un torrente de lágrimas vertía.
El contemplarle así lástima daba!
Mas luego se calmó, y, avergonzado
De haber á su dolor rienda soltado,
“Esta debilidad es la postrera,”
Dijo, y de allí se aleja para siempre.
A nadie aviso de su marcha diera
En la quinta, y ahora échanle menos;
Pero á la reflexión todos ajenos
Por la terrible enfermedad que postra
A la pobre Diana, al fin le olvidan.

Toda la noche de la enferma al lado
Veló su camarista; en la mañana,
Llena de sobresalto, la abandona
Y, corriendo á llamar á la familia,
A todos con acento demudado
Que como dardo el corazón les hiere,
Dice: “Venid, venid: Diana se muere!”

Y era muy cierto. Acaso
Ya de la fiebre herida
Estaba cuando al baile
De máscara asistía.

Allí las muchas luces,
La agitación continua
De la vistosa danza
En que Diana brilla,
A su salud endeble
Fueron quizá nocivas.
El aire de la noche,
Cuando al jardín salía,
Brotar hizo en su pecho
De muerte la semilla.
La confusión, la pena
Que siente á la imprevista
Aparición de Carlos,
Con quien hablar creía,
Y las palabras duras
Que él dijo, dieron cima
A la obra destructora
De la infelice niña,
Que, sin conocimiento,
Tostadas sus mejillas
Por ardorosa fiebre,
La boca purpurina
Entreabierta, en su blando
Lecho vemos tendida.
En derredor ansiosa
Muéstrase la familia:
Palpa con mano trémula
Su frente enardecida
La madre, y, anegadas
En llanto las pupilas,
A su oído murmura:
“Diana, mi amada hija!”
Ella la voz oyendo,
Con trabajo respira,
Lanza gemido débil,
Torna á quedar tranquila:
Y de este modo pasan
Muchos amargos días.

En vano doctor grave
El pulso le examina
Y á su desierta alcoba
Confuso se retira,
Y allí selectos libros
Con avidez registra,
Hasta que su semblante
Viene á alumbrar el día.
“La enfermedad no cede,”
Exclama cuando mira
A la paciente inmóvil
Sin dar señal de vida,
Y su cabeza mueve,
Su rostro se contrista.
¡Momentos dolorosos
Para la ciencia altiva,
Que palpa la impotencia
De todas sus fatigas!
Luchando cuerpo á cuerpo
Con la dolencia impía,
Terreno aquella pierde,
Y ésta, á su vez, domina.
Ve el médico la tumba
Abrir su boca fría
Con que al enfermo amaga
Y á un tiempo á su adquirida
Reputación, que el mundo,
Dechado de injusticia,
Pídele en sus furores
Cuenta de aquella vida,
Como si no supiera
Que si contra Dios lidia,
La ciencia de los hombres
Es vanidad, mentira!—
Fuera desdicha suma
Morir así tan niña,

Diana encantadora,
Joya de tu familia.
Si de tu edad el alba
Brillando todavía
Eras por tu belleza
Orgullo de este clima
Do, siempre en calma, el cielo
Muestra su azul cortina
Y perfumadas flores
Brotan las rocas mismas:
Si prematuro ingenio
Su aureola distintiva
Puso en tu excelsa frente,
Y ahora en agonía
Sobre espinoso lecho,
Apenas si respiras,
¿Será que el cielo quiera
Segar en flor tus días
Porque de poseerte
Juzgue á la tierra indigna?—

Entre los mil delirios
Que su cerebro agitan,
Creyóse ver Diana
Lejos de su familia
En solitario templo.
Ropa talar vestía:
Privada su cabeza
De ambas trenzas auríferas,
Bajo la toca, al suelo
Con languidez se inclina.
Del órgano sonoro
Al brotar la armonía,
Coro de religiosas
Apareció á su vista.
Todas con vela en mano
Fórmanse luego en fila:

Sobre lecho de flores
A que se acueste obligan
A Diana, y entretanto
Con dulce voz tristísima
El canto de los muertos
Entonan á porfía.
Ella, por la salmodia
Un punto adormecida,
Abre después los ojos
Y enfrente á Carlos mira,
Que con los goces puros
De eterno amor le brinda.
Ir á su lado amante
Quisiera; mas vacila,
Y entonces á su oído
Severa voz decía:
“En vano acá en la tierra
Buscas, mujer, la dicha;
Para las almas nobles
Sólo en el cielo habita.”
Ante la cruz, confusa,
Llorando se arrodilla,
Y al Redentor consagra
Su corazón, su vida.

En este instante mismo
Crisis la fiebre hacía:
Junto á su lecho el médico
Inquieto la examina:
Sus entreabiertos labios
Moja con agua tibia:
Llámala por su nombre:
Ella la vista gira
Y á todos ve y á nadie
Conoce. . . extraña risa
La calma de su rostro
Altera convulsiva.

El médico á la alcoba
Do inconsolable habita
El padre de Diana,
Va. . . . La ansiedad se pinta
Del viejo en el semblante.
— Su vida no peligra
(Dice el doctor); tenemos,
Empero, otra desdicha,
Pues ha quedado loca
Esa infelice niña.
El viejo con las manos
Cubre su faz sombría:
Llora, y exclama: “¡Loca!
¡¡Loca mi pobre hija!!”

II.

La loca en el campo.—Cántico de Gabriela.—Primeras sospechas de Fernando.
—Su juramento.

Era una mañana de Mayo: nublado
Mostrábase el cielo; dormía callado
El lago en su lecho de arena gentil;
Y á veces el viento de Norte soplabá
Y polvo y aristas al cielo elevaba,
Doblando en su tallo las rosas de Abril.

Orillas del lago, de blanco vestida,
La loca aparece: su hermano la cuida;
La siguen hermanas y madre también.
Sus rubios cabellos al aire abandona;
Tejida por ella, silvestre corona
De pálidas flores le ciñe la sien.

Sus ojos serenos, do el cielo se vía,
Hundió levemente la pena sombría,

Y azules ojeras formó en su redor:
Su frente elevada, radiante, obscurece:
La risa en sus labios, si asoma, fenece;
Perdió la viveza, la luz, el color.

En la agua serena sus flores deshoja,
Y ve cómo el agua primero las moja,
Y luego siguiendo su curso las ve:
Y así, distraída, sin gozo ni pena,
Camina ó se pára, ó ríe, en la arena
Trazando al capricho figuras su pie.

Súbito inquietóse. . . . comprime la ceja,
Sus manos estrujan su blonda madeja;
El blanco pañuelo se obstina en morder:
Señala su diestra la loma cercana,
Y, llena de enojo, reprende á su hermana,
Que, puesta á su lado, le impide correr.

Entonces, sabiendo que el canto la calma,
Le dijo Gabriela: “¿Qué quieres, mi alma,
Que cante?”—La Loca.—La Loca será.
A oirla Diana gozosa se apresta;
Su frente en el seno materno reeusta,
Y al punto Gabriela comienza á cantar.

“Vedla, vestida de nevado traje,
Destrenzado el cabello al viento da:
Por las notas de un órgano guiada,
Torna obediente al conocido hogar.

Flor que la tempestad del mundo agita,
Perdió el color, la dicha y la razón:
Cual á mansa ovejuela, un fiel criado
La trae al valle que nacer la vió.

Su mirada se clava en el vacío,
Y, los montes su mano al señalar,

Hablando á solas: "Él vendrá, murmura;
"No lo dudéis. . . . me lo ofreció, y vendrá."

Antes niña infeliz, hoy pobre loca,
Deshechos ve los sueños de su amor;
Mas se conserva su virtud sin mancha,
Porque protege á la inocencia Dios.

En los amantes brazos de su madre,
Del irritado padre ella á los pies,
Luego recobra la razón perdida;
La dicha nó, que con su amor se fué!

Mas ¿qué rumor de la montaña páрте
Que hace su pecho de emoción latir?
"María, mi María, (una voz grita)
Á enlazarme contigo vengo al fin."

El amante aparece: á su ventura
Ella crédito dar no puede aún;
Mas él la abraza y la apellida esposa. . . .
¡Jamás quedó sin premio la virtud!"

El cántico espira: su rostro levanta
La loca, y da un grito que á todos espanta,
Un grito que á todos el alma partió;
A poco se ríe, y luego, tranquila,
Desde una alta roca su clara pupila
Del lago en las olas brillantes clavó.

Entonces su llanto seguir refrenando
No puede, aunque lucha, su hermano Fernando,
Y exclama así, viendo la niña infeliz:
"¡Hermana querida! mi pobre Diana!
¡Oh! ¿quién al mirarte contenta y lozana,
Pensara que hubiese de verte hoy así?"

"En humo trocóse tu claro talento,
Pasó tu hermosura cual flor de un momento.
¿Es ése que viste el traje nupcial?
¿Es ésa la casta corona de esposa?
¡Oh! más te valiera de fúnebre losa
Dormir al abrigo, dormir allí en paz.

"Mas ¿cómo tan presto turbóse su mente?
¿Dolores acerbos acaso ella siente?
¿De tanta desdicha la causa quién fué?
Terribles sospechas ha días me asaltan:
De tal laberinto los hilos me faltan. . . .
¡Oh! ¡quién esos hilos pudiera coger!"

"La noche que Diana se enferma, de prisa
Auséntase Carlos y á nadie lo avisa,
Ni ahora se sabe qué rumbo tomó;
Acaso entre Álvarez y él ha mediado
Disgusto profundo por celos causado,
Que al cabo la amaban, no hay duda, los dos.

"¡Hermana, de todas la más adorada!
Fernando lo jura: serás tú vengada
Si encuentro al que infame turbó tu razón:
De toda tu dicha me habrá de dar cuenta,
La angustia pagando que horrible atormenta
Con dudas y sombras mi fiel corazón."

Entrevista de Álvarez y Fernando.—El gavián se come al polluelo.—
Alivios de Diana.—El aspirante llega á ministro.

—Es muy cierto que fuí vuestro amigo
Y los dos, á cual más calavera,
Siempre juntos matamos el tiempo
En alegre inmoral francachela.

Mas las cosas de aspecto varían;
Mis palabras son, Álvarez, serias:
De Diana hoy se trata, y veréis
Que este asunto á los dos interesa.
Cierta noche la fiebre atacóla,
Noche misma en que Carlos se ausenta,
De tan súbita marcha el motivo
Sin que á nadie en la quinta dijera.
De la fiebre sanó; pero loca
Ha quedado esa niña, cual véisla:
Él con ella casábase presto;
Que la amabais es cosa muy cierta,
Y que Carlos y vos esa noche
Conferencia tuvisteis secreta.
Desde entonces juntando los hilos,
He llegado á formar una cuerda
Que de ahorcarme tendrá si no ahorea
Al que en esto culpable aparezca.
Contestadme cual hombre: ¿infundisteis
A ese joven alguna sospecha
Que matara su amor á mi hermana,
Que dañara á su honor. . . . ?

—Me exaspera

Tal lenguaje en tu boca, Fernando:
No mereces, por cierto, respuesta;
Mas de dártela tengo, que el hombre
A quien hoy así agravias, te aprecia.
De un delirio funesto eres víctima:
El amor á tu hermana te ciega.
¿Quién ha dicho que no de la fiebre
Le provino esa extraña demencia
Que por grados su fuerza atenúa?
¿Por qué darle una causa diversa?
Convenceos, Fernando, y oidme:
Que la amé ¿quién dudarlo pudiera?
Mas no tuvo hacia mí simpatía;
Carlos llega, y á Carlos acepta:
Libre el campo le dejo, y mis labios
No profieren siquier una queja.

En el baile de máscaras Carlos
A la pieza inmediata me lleva,
La careta se arranca, y, causándome,
Os lo juro, profunda extrañeza,
Refirióme ligero disgusto
Que con Diana esa noche tuviera,
Pues notó que, al bailar, dado había
A otro joven sobre él preferencia.
Yo culpé sus ridículos celos,
Él guardó misteriosa reserva
De la noche en el restó. A otro día
De su marcha veloz danme cuenta,
Y me asombro, pues no sospechaba
Que á ese extremo las cosas vinieran.
Os ha hablado ya el hombre injuriado:
El amigo en decirte se esfuerza
Que ni Carlos ni nadie la causa
Puede ser de que Diana esté enferma.
Cual amantes los dos se disgustan,
Con sobrada razón ó sin ella:
El contrato se rompe: aquél pártelo,
Y en su casa la novia se queda:
En el mundo sucede esto siempre
Sin que sea motivo de gresca.
Además, el doctor asegura
(Tú bien sabes que es pozo de ciencia)
Que en su máquina Diana llevaba
De ese mal la semilla funesta
Horas antes del baile. Me extendo
Al decirte con toda franqueza
Mi opinión, porque temo que vayas
Hacia Carlos pidiéndole cuenta
De su rara conducta: es un oso:
Pensará que á Diana le pesa
No atraparle, y, dejando rodeos,
Tú, Fernando, en ridículo quedas."

Álvarez de Fernando así conjura
La cólera impotente y le desarma,
Tal como suele cariñosa madre
Con baratija de vistoso aliño
El enojo aplacar del tierno niño.

La demencia por grados abandona
A la pobre Diana: su mejilla
Torna á colorearse; pero mudo
Su labio permanece; del secreto
Que en su interior esconde, nadie pudo
Darse razón: siguió su mejoría,
Y á volver á la quinta comenzaban
Con su salud la paz y la alegría.

El partido que Álvarez regía
Triunfaba en esto: el nombramiento envíole
De ministro, que encuéntrale tomando
Taza descomunal de blanco atole,
Pues también los tribunos se alimentan.
Dispone su partida: en el espejo
Vióse y revióse, y de tan fiel registro
Sacó la consecuencia indubitable
De que tenía aspecto de ministro.
Jovial de la familia se despide,
Franca hospitalidad agradeciendo.
Diana allí estaba, y su delgada mano
Él con las suyas á estrechar se atreve,
Y ni siquiera, su verdugo siendo,
Sintió al partir remordimiento leve.

IV

El hombre que no puede reformarse, aspira á reformar la sociedad.—Investigaciones filosóficas.—Su inutilidad.—Carlos se dedica á las ciencias.—No puede olvidar lo pasado.—Carta de J.***—Depravación moral de Carlos.—Incidente cuyos detalles más tarde conocerá el lector, y que influyó de un modo funesto en la suerte de la protagonista.

Del Atoyác en la risueña orilla,
Cerca de Puebla la opulenta, Carlos
Fijó su residencia solitaria.
Llena el alma de tedio y amargura,
Quiso reconcentrarse algunos meses
Para estudiar, observador lejano,
La sociedad á que tornar debía.
Hallábase en la época sombría,
Que casi siempre á la desgracia sigue,
En que todo nos hiere; cuando hallamos
El desprecio pintado en los semblantes,
El odio acaso, por doquiera vamos.
Negando la verdad de los afectos,
Consideró los lazos de familia
Institución ridícula: olvidóse
De aquel dogma inmortal que solo admite
El tránsito del hombre por la tierra
Cual prueba de dolor, y á nuestros ojos
En lontananza un paraíso pone,
Premio al buen proceder. Vió á los humanos
Cual máquinas juguete de la suerte,
Y su desigualdad chocóle: el rico
Fué para él usurpador injusto
Del tesoro común: hirió su mente
El malestar del pobre, y se decía
Que acaso nivelando la riqueza,
La condición moral nivelaría.
Dado á tan peligrosas abstracciones,
Para romper los eslabones viejos

Con que la sociedad se enlaza, quiso
Estudiar la política: su fuente,
Que es la historia, por él fué sondeada.
Todas las democracias turbulentas,
Los pueblos oprimidos bajo el yugo
De un déspota cualquiera, ante sus ojos
Pasando van, y en las primeras halla
De destrucción cual germen, la influencia
De la ignorante y ambiciosa turba:
Repugnan á su alma generosa
El destierro de Aristides, la muerte
De Julio César. Al tender la vista
Por los pueblos modernos, ve á dos de ellos,
Que de acatar la libertad se jactan
Más que los otros, con injusta guerra
Llevar á China su comercio el uno;
Eternizar la esclavitud el otro,
O ya tender la usurpadora garra,
Valido de la fuerza, al exclusivo
Dominio de la América aspirando.
Miró al absolutismo eternamente
Sobre extorsión y sangre alzar su trono,
Y aun la aureola de esos hombres raros
Que encadenar supieron la anarquía,
Obscurecida á trechos por las sombras
De su injusticia y su crueldad. No advierte
Que la felicidad para los pueblos
En el régimen cifrase adaptado
A su índole propia, y que inflexible
A raya tenga á la ambición bastarda
Y á la virtud y al mérito enaltezca,
Siempre los adelantos promoviendo
Y el bienestar común.—Renuncia al cabo
A sus proyectos de reforma, viendo
De sus esfuerzos locos la impotencia,
Y queriendo ser útil á sí mismo,
Éntrase en los dominios de la ciencia.

Vedle por el jardín, clasificando
Cuantas hierbas y arbustos allí nacen;
Su biblioteca vasta consultando
Para saber si humilde florecilla
Que en el techo brotó de su ventana
Y que le sirve ahora de recreo,
Es de las conocidas por Linneo.
Vedle entre mil volúmenes, sudando
Por descubrir si los egipcios antes,
Embalsamaron sus mentadas momias
Por método difícil ó sencillo,
Con esencia de rosa ó de tomillo.
Vedle con el compás círculos varios
Trazando en el papel, radios en ellos
O diámetros y cuerdas y tangentes,
Y en duda de si un ángulo es agudo
O si es recto ú obtuso, parar mientes.
Sobre carta geográfica inclinado
Busca después la latitud de Viena,
Y, por error ó distracción, á Londres
Quiere hallar del Sahara entre la arena.
A su tejado sube, que habilita
De observatorio, y desde allí, cual Newton,
Nombra y numera las estrellas todas,
Puesto al rigor del aire y el sereno;
Y muchas veces, de entusiasmo lleno,
Suda y se desespera ¡hombre infelice!
Anhelando entre cien constelaciones
La Cabellera ver de Berenice.

Así cuando en sus alas la memoria,
Tendiendo el vuelo á los antiguos días,
Sólo trae recuerdos de amargura,
Para olvidar su dolorosa historia
Con avidez ocupaciones frías
En su aislamiento el hombre se procura;
Pero su distracción muy poco dura,
Que, al creerse curado, si la puerta

Abre del corazón, ve que allí moran
Vivo el dolor y la esperanza muerta!

Era la noche, y entregado al sueño
Carlos, su acalorada fantasía
De lo pasado la engañosa imagen
Ante sus ojos con afán ponía.

Otra vez á su lado está Diana
Inocente y leal; sus trenzas blondas,
Su rostro de ángel, su flexible talle,
Del lago azul en las inquietas ondas
Ve reflejarse, y su amoroso acento
De nuevo resonaba en sus oídos,
De su fe con el dulce juramento;

Mas de repente aléjase la joven
Y de seguirla Carlos trata en vano,
Que un poder invisible le detiene.
Ella el rostro volvió para decirle:

“Cuando yo estaba enferma y te pedía
Que me sirviera de sostén tu brazo,
Me le negaste; cuando yo en tu seno
Quise mi frente reclinar que ardía
Con fiebre destructora, tú, inflexible,
Me rechazaste de dureza lleno,
Y en espantosa soledad moría!
Carlos, jamás me llamaré tu esposa!”

Lleno de angustia el corazón, despierta:

Un helado sudor su frente baña:

El alba tarda de lluvioso día
Mezclaba ya sus tintas desiguales,
Y viento y agua con terrible saña
De su ventana azotan los cristales.
Pocas horas después llega un correo
Que le traía carta de su amigo.

“Carlos, querido Carlos! (le decía)
He respetado ya por tiempo largo

Tu soledad y tu silencio amargo,
Pues tu dolor inmenso comprendía;
Pero ya es tiempo de que al mundo vuelvas
A cumplir tus deberes: lo pasado
No debe así tenerte encadenado
Cual á inútil misántropo en las selvas.
¡Cierto que el golpe fué mortal! Que nunca
Tan pérfida creyera yo á Diana. . . .
Mas, respóndeme, Carlos, ¿tú lo viste?
Y aun mirándolo tú ¿no te engañaste?
Porque del alto pedestal de gloria
A que subido había, no comprendo
Cómo quiso Diana descendiendo,
Que la llamaran de su sexo escoria.

“¿Te acuerdas de la vieja que vivía
En la quinta, y sirvió, si no me engaño,
De Mercurio no fiel en tus amores?
Pues ha venido á la ciudad, enferma:
Ayer me hizo llamar; acudí luego,
Y me dió para tí la carta adjunta.
Yo, al suponer que su pobreza es honda
Y que en su carta auxilio te pedía,
Díle algunas monedas, y, no obstante,
En que te la enviara ella insistía,
Pues que llegue á tus manos le interesa.”

—¿Con qué derecho á traspasar mi asilo
Mis amigos se atreven? ¿Qué deberes
Me excitan á cumplir? ¿Qué les importa
Que yo consuma inútil existencia,
Si me conformo con vivir tranquilo
Desde que conocí por experiencia
Que el vicio triunfa y la honradez aborta?
Y esa mujer que mi piedad reclama
Porque el horror de la miseria siente,
¿Ignora que es mayor mi desventura?

¿Ignora que sospecho que en la trama
Contra mi dicha urdida, andaba ella,
A mi rival sirviendo y á su ama?
¡Oh! padecer es el común destino!
Tenga para sufrir filosofía:
Yo no puedo ni quiero dar consuelos
Que ningún ser humano me daría.

VE Dijo así Carlos, y en su mesa arroja
La carta de la anciana sin leerla.
Su corazón estaba endurecido,
Muerto á la compasión: él de rodillas
Al extremo del mundo hubiera ido
Por escuchar lo que el papel contiene,
Y semejaba al caminante ciego
Que, de la sed quemado por el fuego,
No ve la fuente que á su lado viene.
Así tal vez su orgullo, su inclemencia,
De que haciendo él está punible alarde
Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,
Castiga inexorable Providencia.

TERCERA PARTE.

I

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso —pues eres reservada—
Que todo eso lo había yo predicho:
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcax reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante tí me prosterno y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino
Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

¿Ignora que sospecho que en la trama
Contra mi dicha urdida, andaba ella,
A mi rival sirviendo y á su ama?
¡Oh! padecer es el común destino!
Tenga para sufrir filosofía:
Yo no puedo ni quiero dar consuelos
Que ningún ser humano me daría.

VE Dijo así Carlos, y en su mesa arroja
La carta de la anciana sin leerla.
Su corazón estaba endurecido,
Muerto á la compasión: él de rodillas
Al extremo del mundo hubiera ido
Por escuchar lo que el papel contiene,
Y semejaba al caminante ciego
Que, de la sed quemado por el fuego,
No ve la fuente que á su lado viene.
Así tal vez su orgullo, su inclemencia,
De que haciendo él está punible alarde
Que ha de lavar con lágrimas muy tarde,
Castiga inexorable Providencia.

TERCERA PARTE.

I

Juicios que ha de abrigar el mundo con respecto á Diana.—Una lágrima sobre un sepulcro.—Temores del autor.

Ignoro si al mirarte bosquejada
En mis humildes versos, habrán dicho
Que en el mundo no existes y engendada
Fuiste de necio autor por el capricho.
Te confieso —pues eres reservada—
Que todo eso lo había yo predicho:
Tu sensibilidad, tu amor profundo,
Son exóticas plantas en el mundo.

Tal vez alguno que impaciente aguarda
El fin de esta leyenda, piensa ahora
Que te disfrazo y que mi pluma tarda
En ser de la verdad reveladora;
Y se figura ya verte gallarda,
Diana entre las selvas cazadora,
Con flechas mil que á tu carcax reservo
Hiriendo audaz al espantado ciervo.

Otros dirán que existes y que acaso
Me enamora tu encanto peregrino;
Que ante tí me prosterno y á tu paso
La huella beso de tu pie divino:
Que ser no quiero en tu alabanza escaso
Porque de gratitud aguardo en sino
Leve sonrisa de tu boca pura,
Mirada intensa de inmortal dulzura.

No, Diana: tú existes, tan hermosa
Cual no alcanza á idear la fantasía:
Marchas por una senda misteriosa
Que acá en la tierra al desengaño guía:
Es tu suerte la suerte lastimosa
Del ave que volando al Mediodía
Sobre el Oceano, en su angustioso anhelo
Sitio no halló donde parar el vuelo.

Tú vives en el mundo y su mirada
En tu semblante clava codiciosa
La multitud, sin serle revelada
Tu noble inteligencia gloriosa:
Mérito como el tuyo tiene en nada,
Y sus ídolos falsos ella osa
Ensalzar, imitando al rey azteca
Cuando por abalorio el oro trueca.

No, Diana: tú existes, y tu encanto
Presta valor á la leyenda mía,
Cual presta su belleza el azul manto
Del claro cielo á la fontana fría.
Yo tu beldad y tu ternura canto:
Tiene este libro que de noche y día,
Lejos del mundo, en acabar me empeño,
Mucho de realidad, poco de sueño.

Pero ¡amarte, Diana! En la pradera
¿Puede abrirse en mitad del crudo invierno
La flor, hija de tibia primavera,
Que su miel guarda al pajarillo tierno?
¿Ve con orgullo hacia la azul esfera
Árbol caído ya en olvido eterno?
¿Puede el arroyo de cristal luciente
Retroceder á la nativa fuente?

¡Ay! cuéntales, Diana, á tus lectores
Que para el pobre corazón desierto

De tu cantor el sol de los amores
Es eclipsado sol, astro ya muerto.
Para él agostáronse las flores;
Para su nave emborrascóse el puerto,
Zarzas brotó bajo su pie la ruta;
Su almíbar ¡ay! se convirtió en cicuta.

Cuéntales cómo, niño todavía,
Cánticos lleno de entusiasmo alzaba,
Y mi frente radiosa de alegría
Al laurel de la gloria preparaba:
Cómo mi creadora fantasía
Incierto porvenir coloreaba
Con los placeres del mundano suelo,
Con la esperanza mística del cielo.

Cómo hubo una mujer, tímida estrella
Que en cielo claro apareció tranquila,
Y cual otra ninguna siendo bella,
Mi corazón atrajo y mi pupila:
Cómo á besar su luminosa huella
Ciego me arrodillé: cómo pedía
Su amor cuyo recuerdo me consume;
Su amor, de su alma virginal, perfumel!

Diles cómo en su frente se veía
Retratada la noble inteligencia,
Mientras el tierno corazón dormía
Al amparo feliz de la inocencia:
Diles, Diana, cuánto la quería;
Diles que fué la luz de mi existencia;
Diles que mi esperanza y su hermosura
Encierra una olvidada sepultura!

¡Sí! bajo el pabellón del patrio cielo,
En su tumba, de flores rodeada,
Duerme en silencio eterno, en blanco velo
Su deleznable forma envuelta, helada.

Los días pasan: con piadoso anhelo
Nadie visita su postrer morada:
Luego que tierra sobre el cuerpo echaron,
Todos sus conocidos la olvidaron!

¡Valor, corazón mío! ¿No has llorado
Desde el día en que todo lo perdiste?
¿Al necio mundo que reír no has dado
De tus pesares con la historia triste?
La imagen de ese fúnebre pasado
Que ante tus ojos indeleble existe,
El tiempo, ya que los recuerdos trunca,
No logrará desvanecer?—¡Ay! Nunca!!

Ya tú lo ves, Diana: acá en la tierra
La flor de nuestra dicha se marchita.
También tu alma, á que el dolor se aferra,
Contra su suerte mísera se irrita:
También tu pobre corazón encierra
Amarga historia que del hombre excita
La compasión: el fruto recogido
De un casto amor que nadie ha comprendido.

¿Por qué tendiste el vuelo, ave altanera,
Por el espacio y al zenit trepaste,
Desdeñando al hallarte en otra esfera
Del bajo mundo el miserable engaste?
¿Seguir viviendo en paz planta rastrera
En lo interior del bosque no miraste,
Mientras el desprendido rayo ardiente
Al cedro colosal hiere en la frente?

¡Y yo soy el cantor de tu hermosura,
Y al mundo que á sus héroes sólo admira
Tengo de referir tu desventura
Con el auxilio de mi pobre lira!
Mas destempló sus cuerdas la amargura;
Entusiasmo su voz ya no respira;

Ya no producen armoniosa nota;
Finalizó el festín y el arpa es rota!

El mundo pone sobre mí la mano
Y mis osados pensamientos hiela,
Y va perdida en su bullicio vano
El alma sin lograr el bien que anhela;
Y todavía en mi dolor tirano
Cruza mi mente, cual la blanca estela
Que en el mar deja nave transitoria,
Grato el recuerdo de mi antigua gloria.

Hoy, al abrir el arca misteriosa
Que los secretos de tu vida tiene,
Temo que no mi voz, doncella hermosa,
Lo necesario en tu alabanza suene:
Temo que, entre la turba bulliciosa
Que á despreciarle acaso se previene,
El libro en que apareces, confundido,
No consiga librarse del olvido.

II

El hurón sale de su madriguera.—Rosa la coqueta.—El convento de monjas.
—El baile.—Carlos entra en el número de los apasionados de Rosa.

Tiende la noche su impalpable manto
Encendiendo en el éter las estrellas,
Cuyo fulgor escasamente alumbraba
Los edificios de la hermosa Puebla,
Que al pie de sus magníficas montañas
Tendida está sobre sabana inmensa.
En las concavidades de las torres
Imita el aire misteriosas quejas,
Y agitar suele la bendita palma
Que en las ventanas la piedad conserva.

Todo en silencio yace: los mortales,
Desde el mendigo al prócer, ya se entregan
Al sueño bienhechor: en la campana
Del vecino reloj las doce suenan,
Y á la sazón por anchurosa calle,
Hacia el extremo de la cual se eleva
Un convento de monjas, varios jóvenes
Formando grupo silenciosos llegan.
Detiéndense, dirigen sus miradas
Hacia el alto balcón de una modesta
Casa; al oído se hablan todos ellos,
Sus instrumentos musicales templan,
Y luego, la quietud de la alta noche
Interrumpiendo, de armonía llenas,
Diferentes cantigas entonaron
Que hacia oculta beldad amor revelan.
Y apenas, la primera terminada,
Nueva sonata á preludear comienzan,
Cuando de aquel balcón á do su vista
Se dirige —no bien el rumor cesa
Que al descorrerse las fallebas causan—
Súbito iluminóse la vidriera:
Plegaron las cortinas transparentes,
Femenil forma dibujóse esbelta,
Y por los movimientos que ejecuta
Y la atención que presta en apariencia
A los músicos, luego se conoce
Que amigos predilectos son de ella.
A proseguir la serenata iban
Aquellos hombres que entre sí conversan,
Y á seguirla escuchando preparábase
Desde su alcoba la mujer esbelta,
Cuando rumor de pasos de caballo
De la nocturna brisa en alas llega,
Y la curiosidad mantuvo entonces
La comenzada música suspensa.
Cuando pasan caballo y caballero,
Que ver no les permiten las tinieblas,

El más osado á ellos se aproxima;
La tapa descorrió de su linterna:
Inesperada luz alumbró el rostro
Del caminante, que frunció las cejas,
Y de acción tan extraña iba sin duda
En el instante á demandarle cuenta,
Cuando al cuerpo los brazos le echa el otro
Diciendo: "Carlos! ¿qué sorpresa es esta
Que nos vienes á dar? . . . ¿Cómo á deshora
Y sin criado ni equipaje llegas?
¿Y desde dónde vienes?

—Hola, amigo!

Pláceme en sumo grado la sorpresa,
Y no extrañes que llegue sin criado
Quien salva una distancia de dos leguas.
¡Buenas noches, señores! Mas ¿qué veo?
Álvaro, Enrique, Eduardo! . . . ¡Calaveras!
¿Qué demonios al pie de una ventana
Venís á hacer con músicas y señas?

Jov. 1º—Refiérenos, ¿qué hacías tú en el campo?
¿Te habías ya metido á anacoreta
De los que sólo rezan si en el rezo
Les hace coro una muchacha bella?
No hay que turbarse, no. . . .

Jov. 2º— Llégame el turno:
¿Qué nos refieres de tu novia muerta?
Sabemos que después enamoraste
A nueva joven con dinero y fresca,
Que te ha dejado fresco, según dicen,
Sin dinero ni amor. . . .

Carlos.— ¡Malditas lenguas!
Por favor, no me habléis de lo pasado,
Amigos.

Jov. 3º— Pero todo se compensa
En el pícaro mundo: ahí encerrada
Está una monja, y es paisana vuestra.

Carlos.— ¿Su nombre?

Jov. 3º— No lo sé; pero aseguran

Que por cosas de amor metióse á buena:
Que amaba á un joven que iba á ser su esposo,
Y que el asunto no quedó por ella:
Es todo cuanto sé.

Jov. 1º— Carlos, amigo,
Si no te ofenden las preguntas necias,
Cuéntanos qué motivo poderoso
Te hace venir á la bendita Puebla.

Carlos.—Ansia de distracciones solamente.

Jov. 1º—Extraño oírte hablar de esa manera,
Que siempre por demás pacato fuiste.

Carlos.—Los años, gustos y costumbres truecan!
Pero yo vuelvo á mi primer pregunta
Que dejaron ustedes sin respuesta:
¿Qué hacen al pie de esa ventana ahora
Enfrascados en músicas y señas?

Jov. 2º—Venimos á dar música á una joven
Como los sueños juveniles bella. . . .

Carlos.—¡Comparación poética! ¿Y se llama?

Jov. 2º—Rosa D.***, la beldad guanajuatense.

Hace muy pocos días que ha llegado:

Hay en su casa una continua fiesta.

(Y aquí arrimóse á Carlos aquel joven
Para hablarle más próximo á la oreja).

Por la mañana en el balcón la vemos;

Por la tarde, sin falta, en la alameda;

Por la noche en saraos y tertulias;

Y á su casa, y al campo y á la iglesia

Nube de enamorados espesísima

Como plaga de Egipto va tras ella.

Parte integrante somos de esa nube:

Si tú quieres entrar en competencia,

Ven mañana á su casa con nosotros,

Que acaba de avisarnos la doncella

Que, si Mamá y el tiempo lo permiten,

Habrà en la noche diversión casera.

Dí ¿contamos contigo?

Carlos.— A no dudarlo:

Si Mi Excelencia nada más desea
Que divertirse; mas, decid, ¿la joven
A quién de ustedes da la preferencia
Hasta ahora?

Jov. 1º— A ninguno, y es lo cierto
Que el giro del asunto no me pesa,
Porque, lo que es amor. . . . hay cierta dosis;
Pero los compromisos nos arredran;
Y en esto de tender el lazo, dicen
Que su señora madre es gran maestra:
Conque si entras en liza, ten cuidado,
Que es resbalosa la maldita arena.

Carlos.—Y la joven ¿qué tal?

Jov. 2º— Estoy seguro
De que viéndola pierden la cabeza
Aun los más circunspectos: una tacha
Póngole á su carácter; es coqueta!

Carlos.—Pues hállote atrasado de noticias:
Dime si habrá mujer que no lo sea.

Jov. 3º—Él se resiente aún del desengaño.

Vamos, señores míos, otra pieza,

Que la noche se acaba, y esa joven,

Firme como prusiana centinela,

Está en su puesto música esperando

En tanto que los músicos conversan.

A interrumpir la silenciosa calma

Torna la serenata: al cabo cesa:

Despídese la joven: las cortinas

De su vidriera á poco se despliegan;

Muere la luz, resuenan los cerrojos,

Y Carlos y los músicos se alejan.

Cuando el rumor de sus pisadas muere,

La esquila del convento más pequeña

Llama á las religiosas á maitines:

Las ventanas del coro con presteza

Se iluminaron, y piadoso canto

De aquellos sitios el silencio altera.

A veces más cercano resonaba,
Distinguiéndose en él voces diversas,
Y después alejábese y volvía,
Como si le llevase y le trajera
El viento de la noche que en las torres
Imitar suele misteriosa queja. —
Así, mientras los unos se divierten
Y á la corriente mundanal se entregan,
Lejos del mundo, en claustro solitario,
Otros en Dios y en su destino piensan!

Era de Julio una apacible noche,
Y, aunque ha llovido al espirar la tarde,
Ascendiendo la luna por el cielo,
Nubes teñidas de ópalo deshace;
Y, bien cual suele una odalisca hermosa
Sobre mullido lecho reclinarse,
De amplia sala en la alfombra se dibuja,
Traspassando cortinas y cristales;
Lucha con el fulgor de las bujías
Que entre flores y espejos puestas arden,
Y da por resultado luz serena,
Artificial y natural en parte. —
Al compás de la orquesta melodiosa,
Cual ninguna otra joven, elegante,
Imán de varoniles corazones,
Rosa la bella da principio al baile.
Al recio impulso de la danza ondea
Esparciendo perfumes su albo traje,
Y su mejilla sonrosada azota
Suelto el cabello negro en espirales.
Ella de buen humor está sin duda;
Tal vez su compañero es muy amable,
Porque en sus brazos más de lo preciso
Deja que el cuerpo trémulo descanse.
De estatura mediana siendo ella,
Nada hay de extraño en que los ojos alce

Para ver al mancebo, cuyas dotes
Son una alma ruin y un cuerpo grande.
La música cesó, y hacia el estrado
El mancebo condújola galante,
Y agrúpanse mil jóvenes á un tiempo
A suplicarle que con ellos baile.
Compañero entre todos Rosa elige,
Y apenas comenzó la orquesta un valse,
Cuando ya la pareja recorría
La sala extensa, más veloz que el aire.
Sigue al impulso de las vueltas rápidas
Ondeando la falda de su traje,
Y sigue acariciando sus mejillas
El sedoso cabello suelto en parte;
Y al agitar su pie, que del calzado
Cándido oprime el primoroso engaste,
Y al combarse flexible su cintura
Por si en belleza el cuerpo así ganare,
A la verdad, los que la están mirando
No saben si mujer es ella ó ángel.
Y sin duda es amable el compañero
O Rosa está de vena, pues departe
En plática con él tan misteriosa,
Que lo que ambos se dicen nadie sabe.
Como de pudorosa ella se precia,
Y además, el mancebo que la trae
Es, por lo que miramos y sabemos,
De estatura pequeña y alma grande,
¿Qué extraño que, turbada y temblorosa,
Ella los ojos con empeño baje,
Y entre desmayos y suspiros tiernos
En el Adonis sin cesar los clave?

Lo que se me hace extraño es ver á Carlos
Sumido hasta la barba en un butaque
Cedido á su cansancio por la vieja,
De su amistad en prenda inapreciable.

Desde allí sigue á Rosa con la vista
Sin que á su observación nada se escape
De miradas, suspiros y presiones,
Dulces desmayos ó amorosas frases.
Aunque no la ama él, siente de celos
Ardiente llama en su interior alzarse;
Y esto, por más que raro le parezca,
Al lector entendido nunca espante,
Que á todos una vez nos acontece
Viendo en ajeno brazo breve talle,
Sentir disgusto raro, indefinible,
Y que se agolpa al corazón la sangre;
Efectos de la envidia venenosa
Que al nacer cupo en suerte á los mortales.—
Y no bien Rosa advierte que la sigue
La mirada de Carlos, ya tenaces
En él clava sus ojos cuando pasa
Por do sentado está, con él rozándose;
Y pretextando enfermedad ligera,
Para restablecerse della en parte,
Ordena al compañero que la lleve
A la silla que está. . . . junto al butaque!
Aquél, obedeciendo, la conduce;
Aléjase con cara de vinagre,
Y, al cabo de un momento de silencio,
Como al volver de un sueño que distrae,
—Perdonad, caballero. . . . (Yo no había
Vístole aún! creí que era mi madre
Quien se sentaba aquí) Rosa murmura.
—Hace un momento á ella presentáronme
Varios amigos, y que vuelva anhelo
Para que la amistad de usted no tarde
En serme concedida. . . .

—La palabra
De un caballero en el asunto baste.
—Mi nombre es Carlos***
—¿Carlos? Y de dónde
Es usted?

—Soy veracruzano.

—¡Cálle!
También cierta novicia amiga mía.
Yo tengo unos deseos de pasearme
Por la tierra de usted! ¿Es tan alegre
Cual dicen, Veracruz? ¿El mar tan grande?
Además, aseguran que las rosas
(Si es en Jalapa no recuerdo) se abren
Hasta en el crudo invierno, y las mejores
Son del país.

—¡Error imperdonable!
Guanajuato produce las más bellas
De las que en el país puedan lograrse.

—¿Usted ha estado allá?

—No.

—Desde luego

Usted no las conoce. . . .

—De trasplante

Son las que he visto.

—¿Y dónde?

—En esta sala.

—¿Cuántas?

—Una que brilla sin rivales!

—No comprendo. . . .

—¿Es posible? . . . Yo quisiera

Al torbellino mágico del baile

Lanzarme con usted, *Rosa divina*. . . .

—Pues, señor mío, como á usted agrade.

Mézclanse en la vistosa contradanza,
Y balancea el cuerpo con donaire
Rosa, cual blanco cisne que atraviesa
Lago tranquilo en apacible tarde.
Y como indicio son de un pecho limpio
Ojos que al escrutinio no se evaden
De la persona que los mira, y como
Ambos en estatura son iguales,

No es de extrañarse que, bailando, en Carlos
Rosa los ojos con empeño clave. —

Resultado de aquestos devaneos,
Que Carlos esa noche, al acostarse,
Con sobresalto se creyese herido
De un frenético amor. . . . ¡amor de baile!

III

Primer fragmento del álbum de Diana, escrito en el convento de ***

Rebosa el cáliz amargo,
Ya el alma á sufrir no acierta;
Falta á mi existencia objeto,
El alba á mi noche eterna.
¡De qué me sirve, insensata,
Rindiendo al orgullo ofrenda,
Solitaria consumirme
En lo interior de una celda,
Por no decir á quien amo:
"Aunque culpable aparezca
Ante tus ojos Diana
Por maquinación proterva,
De tu ardiente amor es digna,
Como en esa noche bella
En que te dió su albedrío
Jurándote fe sincera?"

Y lo haré, porque no puedo
Vivir sin su amor. Apenas
El sueño cierra mis párpados,
Su voz á mi oído llega:
Le miro como en los días
En que me amaba; se acerca;

Señálame con su mano
El altar: llevarme anhela
A los pies del sacerdote
Que á bendecirnos se apresta:
Se agita mi corazón
Lleno de alegría inmensa:
Despierto. . . . giran mis ojos,
Y ven la desnuda celda
En cuya ventana el viento
Voces humanas remeda!
—Sí, le diré: aunque culpable
A tus ojos aparezca,
De tu ardiente amor soy digna:
Ven, el altar nos espera.

IV

Rosa refiere á Diana sus amores con Carlos.—Diana pretende cerciorarse de ellos, y lo consigue.—Suerte reservada á las coquetas.

A la mañana del siguiente día,
Hablando por el torno del convento
De que mención en otra parte hicimos,
Dos jóvenes están. Preciado velo
De transparente blonda mal encubre
Las formas elegantes, el despejo
De una, á quien acompaña su criada,
Vieja amiga de lances y de enredos,
Que, según las epístolas que porta,
Hará quebrar la renta de correos.
A la otra que habla no es posible
Examinar, pues hállase por dentro
Del torno, y de su voz solo se oye
De vez en cuando el musical acento.

Es la voz de una niña todavía,
Pero encerrando no sé qué de tierno
Y triste, cual si ya del mundo hubiera
Roto su mano el engañoso velo:
Voz que si resonase en nuestro oído,
Nos despertara cual de largo sueño,
Trayendo á la memoria las imágenes
De antiguos seres y de antiguos tiempos.

Y esto las dos decían platicando,
Una fuera del torno, otra por dentro:
—De noviciado pocos días faltan:
Qué, ¿persistes, amiga, en tu deseo?
¿Profesarás? ¿Reflexionaste acaso
Que esos lazos, Diana, son eternos?
—Resolución no formo todavía.
Cuando aislada en el mundo me contemplo
Sin que en el porvenir cifre esperanzas,
Sin que mi corazón abrigue afectos,
No me queda otro asilo que una celda
Donde acabar mis días con sosiego.
Pero tú, amiga mía, ¿tan dichosa
Como siempre?

—No tal: hoy un consejo
He venido á pedirte, ó sea informe. . . .
Como quieras llamarlo. Hay un sujeto. . . .
Vamos, un joven que, si no me engaña
El corazón, es todo un caballero.
Bailó anoche conmigo, enamoróme
Y le correspondí, te lo confieso.
¿Reflexiona tan poco mi cabeza!
Siempre sigo el impulso del momento
Y suelo arrepentirme: mas ahora
A asegurar me atrevo que le quiero.
—¡Ay Rosa! ¿tú quererle? Eso es mentira!
Te engañas á tí misma: no; en tu pecho
No se alberga el amor.

—Pues en la duda
De si quiérole ó nó, por hoy quedemos:

Véngote á preguntar si le conoces,
Porque paisano es tuyo.

—Pero, al menos,
Dime su nombre.

—Carlos.

—(¡Cielo santo!
Si él fuese!)

—¿Quién?

—(Siniestro pensamiento!)

¡Oh! Rosa, nada; un conocido antiguo;
Mas no, que aquél ó se embarcó, ó es muerto.
¿Qué señas tiene el Carlos de quien hablas?
¿Joven es todavía?

—Joven.

—¿Cuerpo

Gallardo?

—Sí, gallardo.

—¿Rostro afable?

—Y mucho que lo es.

—¿Cabello negro?

—Como el ala del cuervo; pero ¡es raro!

Tú, á no dudar, conoces mi cortejo.

—Pura casualidad. . . . No le conozco.

(¿Será tal mi desdicha?) Un pensamiento

Me ocurre en este instante, Rosa.

—Dilo.

—Para saber si le conozco, verlo
Hoy necesito.

—¿Y cómo?

—O yo me engaño,
O es muy sencillo, Rosa: tu aposento
Queda frente á mi celda: por la tarde
Salir hazle al balcón, y yo en acecho
Tras la reja estaré.

—¡Famosa ideal!

Voy á escribirle ahora: le prevengo
Que á la tarde sin falta me visite,
Y en práctica ponemos tu proyecto;

Pero á rezar te llaman. . . .

—Adiós, Rosa.

—Diana, adiós: mañana nos veremos!

Ya la postrera luz de bella tarde
Con las primeras sombras de la noche
Empezaba en el cielo á confundirse,
De oro y grana tiñendo el horizonte.
De proletarios puéblase la calle
Que á sus habitaciones se recogen,
Terminado el trabajo: las campanas
Tañendo están el toque de oraciones;
Y en el balcón de la modesta casa
Que mi lector benévolo conoce,
De una mano bellísima al impulso
La vidriera giró sobre sus goznes.
Salió Rosa, radiante de hermosura;
Carlos tras ella, hablándole de amores,
Sonríe y se entusiasma, y á su lado
Sobre la balaustrada reclinóse.
A cada frase tierna que salía
De sus labios, ardiente aquella joven
En él clavaba los rasgados ojos,
Y era muy fácil conocer entonces
Que á excitación cediendo pasajera
Con que su corazón no marcha acorde,
Carlos la enamoraba, y ella, en tanto,
Paz, corazón y libertad rindióle.
¡Por qué —le dice aquél— en tu presencia,
Adorándote así, las emociones
No experimento que mi gloria hacían
En mis horas de amor, cuando era joven?
Quizá los desengaños que he sufrido
Entibiaron del alma los ardores
Para siempre.
—Será que no me amas!
(Dice ella, y su semblante obscurecióse
De repente).
—Decir que no te amo!—

Carlos replica; y, al notar que esconde
Al examen curioso de la gente
Sus personas el manto de la noche,
Obedeciendo á impulso repentino,
Sus labios él en los de Rosa pone.
Tal ósculo de Rosa el fuego atiza:
Al recibirle permanece inmoble,
Y luego, cual de un éxtasis saliendo,
“Creeme, le dice, aquestos mis amores
Primeros son. Es cierto que aturdida,
Al hallarme en espléndidos salones
Escuchando la música armoniosa;
De la esperma á los nítidos fulgores,
Viendo pasar en confusión bellísima
Las mujeres en brazos de los hombres,
Soñaba una existencia alimentada
Por manantial de indefinibles goces.
Dí oído á las protestas de cariño;
Esperanzas de amor daba á los jóvenes;
Mas era todo un sueño; al otro día
De mi ilusión secábanse las flores:
El corazón desierto no abrigaba
El amor que la víspera fingióse!
¡Cuánto te adoro, Carlos!” — “Es maestra
(Carlos en su interior decía entonces);
A cualquiera bisoño engañaría.”
Y se esforzaba, exento de pasiones,
Gozo en aparentar, como quien pruebas
De un anhelado amor, al fin, recoge.

Cuando el beso de Carlos resonaba,
De una ventana del convento, donde
Luz misteriosa apenas resplandee
Al través de los vidrios de colores,
Un ¡ay! partió profundo, lastimero,
Y en el instante mismo rudo golpe
(Cual de alguien que privado de sentido
A tierra viene como fardo) oyóse.

Habiendo de acabarse este episodio,
Añadiré tan sólo á mis lectores
Que en el siguiente día á Rosa olvida
Carlos, encaminándose hacia el monte
Solitario, do vuelve á su costumbre
De entregarse á morales reflexiones.
Abandonada Rosa, se entristece;
A cuantos ve, de Carlos pide informes,
Y nadie se los da, y ella suspira. . . .
¡He aquí, mujeres, lo que son los hombres!

V

Segundo fragmento del álbum de Diana.

Corazón mío, silencio!
No te traicionen mis labios:
Si padeces, no lo digas,
Y si quisieres llorando
Aligerar este peso
Atroz que te oprime, hazlo
De modo que nunca, nunca
Te vean ojos humanos!
Yo le amaba, y á mi frente
De una vil sospecha el fango
Arrojó la mano misma
Que á guiar iba mis pasos
Por el sendero del mundo.
Yo quise decirle: —“Carlos,
Tú y yo en esa noche víctimas
Fuimos de un odio bastardo;
Ofendíome tu sospecha,
Tus palabras destrozaron
Mi corazón; pero todo
Lo olvido, porque te amo:

Soy digna de que me llames
Tu esposa.” Mas ¡cielo santo!
Hoy le he visto á otra mujer
Amor eterno jurando.
Si yo á decirle acudiera
Su error. . . . (Sólo de pensarlo
Me avergüenzo). ¡Es imposible!
Guarda lo que te ha quedado,
Corazón, guarda tu orgullo,
Y si quisieres llorando
Aligerar este peso
Atroz que te oprime, hazlo
De modo que nunca, nunca
Te vean ojos humanos.

VI

Carlos reconoce la voz de Diana en los cánticos de las monjas.—Lucha entre su amor y su orgullo.—Logra hablar con Diana.—Reflexiones de ésta.

Llevado en alas del viento,
A veces durante el día
Piadoso cantar se oía
En derredor del convento.

En su reclusión dichosas,
A Dios, de ventura fuente,
El corazón inocente
Elevan las religiosas.

Su voz al himno dulzura
Tan melancólica presta,
Que semeja en la floresta
Manso río que murmura.

Une á sus devotas preces
El viento quejas livianas,
Cimbrando de las ventanas
El limpio cristal á veces;

O si calla, cree el alma
Oír murmullo lejano,
Como si allá el Oceano
Durmiendo estuviese en calma. —

Joven extraño acudía
Al templo á mañana y tarde;
Frente á la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía.

Entregado con tristeza
A exclusivo pensamiento,
En la pared del convento
Apoyaba su cabeza.

Escuchaba indiferente
Los cánticos repetidos;
Mas si llega á sus oídos
Resonando de repente

Una voz tierna, quejosa,
Y al mismo tiempo argentina,
Que el ancho espacio domina
De la mansión religiosa,

Su corazón se estremece,
La vista al coro levanta,
Y su turbación es tanta,
Que anonadarle parece.

En vano ver imagina
A quien alzó tal acento;

Sólo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En su memoria despierta,
Cuando aquella voz sonaba,
Imagen que reposaba
Dormida, pero no muerta.

Debe ser profundo el duelo
Que está su pecho acosando,
Porque lloroso, elevando
Ojos y manos al cielo,

Dice: “¿Hasta cuándo, Señor,
Viviendo en continua guerra,
Tan sólo tendré en la tierra
Por patrimonio el dolor?

“Amaba á mujer perjura:
Mi corazón díle fiel,
Y cáliz derrama en él
De inagotable amargura.

“Salí de su red traidora
Y en vano á olvidarla aspiro:
Doquiera, Señor, la miro,
Y el alma siempre la adora.

“Me acojo al estudio, y siento
Que invisible me acompaña:
En sueños mi rostro baña
Con su perfumado aliento.

“En el placer no la olvido,
Y ante tus mismos altares,
Por despertar mis pesares
Llega su voz á mi oído.”

Dice, y escuchando atento
La musical armonía,
De la voz que le extasia
Torna á oír el grato acento.

Su frente altiva palpando
Que abrasa la calentura,
Con espanto se asegura
De que no estaba soñando:

Y exclama con voz tan vana
Que en sus mismos labios muere:
"La voz que mi oído hiere,
Es la voz de mi Diana."

Y concurriendo seguía
Al templo á mañana y tarde:
Frente á la antorcha que arde
Junto al altar, se ponía.

Mas cuando ver se imagina
A quien alzó tal acento,
Sólo está mirando atento
Impenetrable cortina.

En vano en la noche oscura,
Cuando el ruido se apacigua,
Ronda la calle contigua
A la sagrada clausura.

Nada vió; solo una vez
Que le sorprendió la luna,
Apareciendo oportuna
Al dar el reloj las diez,

A su brillo que bañaba
La pared, á ver acierta

Que negro balto á una abierta
Ventana asomado estaba.

Conoció que era mujer,
Porque, aunque inmóvil cual roca,
Luego, al ajustar su toca,
Linda mano dejó ver.

Corrió al pie de la ventana,
Palpitando de alegría
Su corazón, y decía
Muy quedo: "¡Diana, Diana!"

Pero inmóvil queda el bulto,
Aunque la sigue llamando;
É inmóvil queda esperando
Carlos, en la sombra oculto.

Carlos dice, y se retira.
Cuando alejarse le ve
Diana, de un Cristo al pie
Arrodíllase, suspira:

"Culpable me considera
(Con voz conmovida exclama)
Y á pesar de ello me ama
Y en ser mío persevera;

Mas yo sería infelice
Después de lo que ha pasado
Yendo á vivir á su lado;
Mi corazón me lo dice.

No quiero á mi cuello echar
Lazo que me es oprobioso;
Tú, Señor, serás mi esposo,
Y mi refugio el altar!"

VII

Tercer fragmento del álbum de Diana.

¿Qué se hizo el claro cielo
Que cruzar te prometías,
Ave canora? De nubes
Le cubre la estación misma
Que arranca al árbol sus hojas
Y á tí las plumas te quita.
¿Qué se hicieron los palacios
Que forjaste, oh fantasía;
Los ángeles que velaban
Mi casto sueño de niña;
Los deseos y esperanzas
De mis halagüeños días;
El amor de un hombre amado;
Las dulcísimas caricias
Que prodigóme en su seno
A porfía mi familia?
Formaron el primer acto
De este drama de la vida:
El drama sigue, y ya es
La decoración distinta!
¡Oh! tú no has venido, Carlos,
Cual yo esperaba sencilla,
A decirme que conoces,
Aunque tarde, la injusticia
De tu proceder: que al cabo
Pura mi conducta brilla
A tus ojos; sólo has dicho
Que culpable me creías
Y á pesar tuyo me amabas.—
Sofoca esa llama activa

Que arde en tu pecho, que el ídolo
Ante cuyo altar lucía,
Para no verla, irritado
Vuelve á otra parte la vista.

¡Dios mío! Sólo adorándote
Nuestro dolor se mitiga:
Viertes en el alma el bálsamo
De resignación tranquila:
Haces que, viendo en la tierra
Sus esperanzas fallidas,
Tus criaturas al cielo
Alcen llorosas la vista.
Dame, Señor, que en el claustro
Consiga acabar mis días,
Cual fatigado marino
Que del naufragio se libra,
Y te da gracias y al mar
No vuelve á echar su barquilla.
Dame que el viento del mundo
No torne á ensayar sus iras
Contra el alma atribulada
Que en tus altares se abriga.
Hasta la hierba que nace
De imperceptible semilla
Conducida por el viento
A las paredes antiguas
Del claustro, en ellas refugio
Encuentra: el ave que arriba
Cuando la noche se acerca
Y el bosque patrio no mira,
Posada en la negra torre
Espera el próximo día.
¿Y yo, Señor, que soy hecha
A imagen tuya, tu hija,
En vano hacia tí mis ruegos,
Mi corazón alzaría?

VIII

Carta de Diana á Carlos.—La profesión.—Carlos y Fernando asisten á la ceremonia.—Una flor muerta.

"Ofrecí contestarte. Cuando leas
Estos renglones que trazó mi mano
Por la postrera vez, del mundo vano
Para siempre alejada ya estaré:
He resuelto acabar aquí mis días
Bajo el amparo de mi Dios. . . ¡perdona!
Quiero ceñir la virginal corona,
Ya que me fué imposible tuya ser.

Ya no existe Diana; hoy es la ofrenda
Consagrada al Señor en sus altares.
No, agobiado de inútiles pesares,
Vayas esta mansión á maldecir.
Es puerto en que refúgiase la nave
Combatida del viento y de las olas;
Es palma en el desierto, donde á solas
Viene el herido pájaro á morir!

Tú me adoraste! El cielo me es testigo
De que yo con tu amor estaba ufana;
De que los días de mi edad temprana
A idolatrarte sólo consagré:
De que, al verte marchar, triste, engañado,
De asombro y de dolor morir creía,
Porque jamás con la conducta mía
La fe que te juraba profané.

¿Quién se interpuso allí? ¿De un golpe mismo
Quién logró traspasar dos corazones?
Lejos de mí, recuerdos! . . . Ilusiones,
No á despertar volváis! . . . Todo acabó!
No pretendo á tus ojos sincerarme:
Conoces mi carácter: no es orgullo:
Toda pasión apaga su murmullo
En la severa casa del Señor.

¿Quieres cumplir mi voluntad postrera?
Al sitio ve donde dichoso fuiste,
Y allí consuela á mi familia triste
Que mi ausencia no cesa de llorar:
Dile que soy feliz. Tú, mi recuerdo
Guarda del corazón en lo profundo.
¡No volveré á mirarte acá en el mundo!
Carlos, adiós. Me llaman al altar."

D.***

No bien cerró esta carta y se la entrega
Al mensajero, Diana se levanta,
Que hacia el altar á conducirla llega
La abadesa que al coro se adelanta.
Ella vacila; á caminar se niega
Por un momento trémula su planta;
Mas, viendo en la pared el Crucifijo,
"Vamos, señora," á la abadesa dijo.

Caminan por el claustro solitario
Mirando su vastísima arquería,
Que hierde á la sazón el brillo vario
De escasa luz en nebuloso día.
Al ver Diana el sitio funerario
Que asilo guarda á su ceniza fría,
Piensa que, así que consagrada quede,
Salir de allí ni su cadáver puede.

Llegan al templo augusto: dos hileras
Las hermanas solícitas formaron;
Silenciosas, inmóviles, severas,
Los votos de la virgen escucharon:
Al pronunciarlos ella, las vidrieras
De las altas ventanas resonaron
Estremecidas por airado viento:
El coro eleva melodioso acento.

“Paloma mía, ven: querida esposa,
Serás por el Esposo coronada,”
Exclaman á una voz, y á la espaciosa
Bóveda asciende la canción sagrada.
Muchedumbre de gente silenciosa
La ceremonia ve; pero turbada
Es por oculta causa en este instante,
Y en derredor agítase ondeante.

Como el espejo de la mar empañá
Ola que avanza rauda, turbulenta,
Arrebatando con pujanza extraña
Cuanto á su curso resistir intenta;
Viene hacia la ribera, el muelle baña,
Copos de espuma en derredor avienta,
Y su furor temible solo acota
Cuando en el pardo muro queda rota;

Presas de momentáneo desvarío,
Joven que allí aparece demudado,
Sin miramiento empuja: entre el gentío,
Del templo á la mitad penetra osado:
Contra un altar reclinase sombrío,
Pues proseguir su marcha no le es dado:
El canto oyó que al firmamento sube:
Ante sus ojos se extendió una nube.

Al través della contempló, vestida
Con el ropaje emblema de inocencia,
La sien de frescas rosas circuida,
Modesta joven de gentil presencia.
Era aquella Diana tan querida
A quien llamaba luz de su existencia
Cuando su casto amor lograba ufano,
Amor que la infeliz prodigó en vano.

Era la misma frente gloriosa
Que hecha no fué para inclinarse al suelo,
El mismo cutis de azucena y rosa,
Los mismos ojos de color de cielo;
Mas ¡ay! su rubia cabellera undosa
No asoma ya bajo el virgíneo velo. . . .
Fijando más la vista en Diana, advierte
Que su rostro enlutó sombra de muerte.

Vió que su diestra toma el Crucifijo;
Que, la sagrada imagen acercando
Al corazón, por do se hallaba él fijo
Contra su voluntad, iba pasando.
Con alterada voz oyó que dijo:
“Dios mío, calma su dolor:” y cuando
Su vista, nuevamente obscurecida,
Despejóse, á Diana vió tendida.

Tocaba el polvo con su hermosa frente
Ella, y dos religiosas la incensaban:
Otras allí con mano diligente
Flores sobre su cuerpo derramaban.
La sangre á su cerebro Carlos siente
Agolparse. . . sus piernas flaqueaban;
“Llegué tarde,” exclamó con desconsuelo,
Y sin conocimiento vino al suelo.

En su auxilio acudió con faz sombría
Desconocido joven viajero,
Que del convento en el umbral había
Dejado apenas su corcel ligero.
En sus brazos el otro en sí volvía,
Y lanza al verle grito lastimero:
—Fernando! yo he perdido á mi Diana!
—Yo también la perdí; ¡no tengo hermana!

Abandonan el templo, y ven formada
Fúnebre comitiva: en medio della
Es conducida á la postrer morada
En su blanco ataúd tierna doncella.
¿Quién era? (preguntaba demudada
Cierta mujer á otra). ¿Era muy bella?
—Era una joven como el cielo hermosa. . . .
—¿Su edad?—Veinte años.—¿Y su nombre?—Rosa!

IX

Reaparece en la escena un personaje tan desfigurado, que por lo pronto ha de ser extraño al lector.—La tempestad.—Carlos y Fernando descubren las intrigas de Álvarez y juran darle muerte.—Llega Álvarez durante la tempestad á pedirles asilo.—El reto.—Álvarez pártete.—Advertencia que le hizo un labrador.—Intento de Álvarez.—La justicia de Dios es superior á la justicia de los hombres.

No lejos de la casa
Donde vivía Carlos en el campo,
Y que ver al lector hemos ya hecho,
Hay de verdor escasa
Vasta llanura, de la cual cultiva
Anciano labrador exiguo trecho.

Viene por el repecho
Que del vecino monte á ella conduce,
Sus caballos trayendo á paso tardo,
En carretela rica
Sentado á la sazón, señor gallardo,
Cuya mirada luce
De protección y de arrogancia llena.
De sus caballos árabes el paso,
Viendo al anciano labrador, refrena;
De palabras escaso,
Apenas le saluda,
Y pregúntale el rumbo del camino
Que á Puebla guía, pues le tiene en duda.
El labrador las señas
Da, y á seguir la senda se dispone
El otro; mas, rayando en desatento,
Añade el labrador con brusco acento:
—¿Ve usted la negra nube que se pone
De la parte del Sur? Es que no tarda
En estallar la tempestad. . . . Muy luego
En su quitrín se aleje viento en popa,
Que si un poquito nada más aguarda,
Se quedará en el campo hecho una sopa.
—¿Por ventura no puedo hallar abrigo
En la casita blanca
Que desde aquí se ve? ¿Quién vive en ella?
—Vive el amo Don Carlos; pero sella
Sus puertas para todo caminante,
Y aunque le pidan, como vos, asilo,
Dice á todos que vayan adelante
Y le dejen allí solo y tranquilo.
—Raro capricho á fe, murmura el otro,
Y se aleja impaciente
A tiempo que la nube ya extendía
Del Sur hacia el Oriente
Sus alas enlutadas,
De relámpago vivo iluminadas;
Pero en sus pensamientos embebido,

Ni deslumbra el relámpago sus ojos,
Ni el ronco trueno resonó en su oído.
Hále causado enojos
Del viejo labrador el tono adusto:
Consigo mismo hablando, murmuraba:
“Forzoso es confesarlo, el mundo es justo
En dispensar al uno sus favores
Dejando al otro al aire y al sereno;
Siempre la plebe habrá de ser esclava,
Siempre el reptil habitará en el cieno.
¡Libertad! ¡Igualdad! ¡Necias quimeras!
¡Soy igual por ventura,
Teniendo en propiedad leguas enteras
De valle y monte, y eras y ganados
Y cien talegos de oro
En mis cofres cerrados,
Al que á labrar la tierra se sujeta
Ganando en todo el día una peseta? . . .
Libertad! igualdad! . . . También yo un día
Estas palabras al indocto vulgo,
Frenético tribuno, repetía,
Y soberano al pueblo proclamaba:
Mi pie sobre sus hombros caminaba;
Mas cuando á la anhelada cumbre arribo,
El escalón que me sirvió, derribo.”

Fin á sus pensamientos

Dieron los irritados elementos:
Empieza á descender lluvia copiosa,
Y noche pavorosa
Iba envolviendo al mundo.
La casa blanca aparecía lejos:
Viéndola el caminante,
Del temor dando oído á los consejos,
No vacila un instante
En dirigirse á ella:
Pasó bajo los árboles añosos
Que hermozeaban la colina donde

La fábrica descuella,
Y aunque á gritos llamó, nadie responde,
Que el ruido atronador de la borrasca
No deja oír su acento.
Acercándose más, halló la puerta
Que, estando entreabierta,
Luego le ofrece entrada;
Pero al lector prudente
No corresponde, en mi opinión humilde,
Seguirle diligente,
Y antes de entrar será muy conveniente
Echar al interior breve ojeada.

En aislado aposento
Que trémula bujía alumbra, apenas
Su ornamento sencillo ver dejando,
De tosca mesa al lado están dos jóvenes,
Su rostro con las manos ocultando.
Con discordes ruidos
De la ventana azota los cristales
Viento furioso al aguacero unido,
Y éste á la alcoba á la sazón penetra
De la angosta vidriera por debajo.
Los jóvenes á poco lo advirtieron,
Y los muebles que el agua humedecía,
No sin algún trabajo,
A distinto lugar pasando fueron;
Y cuando removía
Carlos —que ya el lector Fernando y Carlos
Sabe que entrambos son, ó lo sospecha—
Al remover, repito,
Carlos antigua cómoda, deshecha
Casi por la humedad cerrada carta
Halla en el suelo: viendo el sobreescrito,
Fernando luego conoció la letra
De su vieja criada ya difunta:
Con rapidez abríola,

Abrigando tal vez presentimiento
Inexplicable, y para sí leyóla.
De palidez se cubre en el momento
Su rostro: á Carlos el papel le entrega:
No bien su contenido á entender llega
Éste, de horror da un grito.—
Era la misma carta
Que, arrepentida acaso, había escrito
Antes la vieja á Carlos,
Quien la arrojó insensato sin leerla:
En ella las infamias refería
Que Álvarez empleó para engañarle
A costa de la dicha de su ama.—
“Y hasta ahora la ve! (al fin exclama,
De su estupor volviendo). Todavía,
Si por inspiración del alto cielo
La hubiese yo leído esta mañana,
Tú perdido no hubieras á tu hermana
Y yo la apellidara esposa mía.”
De pronto sus miradas se encontraron
Llenas de brillo singular; la diestra
Con fuerza convulsiva se estrecharon,
Su faz mostrando una expresión siniestra.
—De los dos el primero que le halle,
Dondequiera, Fernando, que le vea;
En su casa, en el templo ó en la calle,
Su matador en el instante sea!
¡Júralo por tu honor!
—Lo juro, y siento
Que de venganza el corazón sediento,
Quiere romper su cárcel. . . . estoy loco;
Pero tengo formal presentimiento
De que vendrá á mis manos ese hombre
Y en ellas le ahogaré dentro de poco.
¡Mírale, Carlos! Díme, ¿no es él mismo
Quien aparece allí? Traidor, espera. . . .
¿Dónde mi espada está? ¡No importa! ¡Vamos!”
Quiere avanzar, pero vacila y cae.

Cual si le vomitara allí el abismo,
Álvarez aparece demudado
En el umbral de la cercana puerta:
En busca de las gentes de la casa
Fué al aposento por la luz guiado.
Fernando está en el suelo sin sentido,
Al peso de su ira anonadado:
Va aquél á retirarse; pero enfrente
A Carlos ve que, cual hircano tigre,
En él enclava su mirada ardiente.
Una sola palabra no se hablaron:
Álvarez al entrar ha comprendido
Que, al fin, su infamia descubierta ha sido.
Uno al otro los dos se aproximaron,
Y al hallarse á tres pasos de distancia,
Puñal y espada súbito brillaron;
Mas dominóse Carlos y le dice:
“No quiero que el asilo en que yo debo
Solitario acabar mis tristes días,
Conserve las señales de la sangre
De un enemigo muerto por mi mano.
No quiero yo que usted, aunque enemigo,
Sucumba aquí cuando á mi casa llega
A demandarme hospitalario abrigo;
Pero mañana, al asomar el alba,
A cien pasos de aquí, frente al remanso
Formado por el río, nos veremos.
Sobra para los dos con un testigo;
Será este joven que cayó privado
Y á quien usted conoce: irá conmigo.
Reto á usted desde ahora á nombre suyo
Para que, si yo muero, ambos se batan,
Y sin testigo alguno, que es inútil,
Y evitar el escándalo debemos.
Ofrezco á usted por esta noche asilo:
Nuestra cuenta después arreglaremos,
Y á cada cual ayúdele su suerte.
—Empeño mi palabra: iré á la cita.
—Pero ha de ser nuestro combate á muerte!

Alvarez de la oferta hospitalaria
No quiso aprovecharse. Obscura noche
Reinaba en torno de la casa: el viento
Chocando en las paredes, parecía
Estremecer el sólido cimiento:
La lluvia entre los árboles sonaba
Y la llanura en lago transformaba.
Alvarez un caballo apresta, y pártelo.
Muy cerca de la puerta el viejo estaba
Con quien habló esa tarde: alzó su mano,
En que brillaba resinosa tea,
Porque su luz llegase algo más lejos,
Mas pronto la apagaron viento y lluvia.
Al despedirse aquél, éste le grita:
"Tomad hacia la izquierda. Riesgo, y mucho,
Cabe en partir así tan á deshora:
Cuidado con el río: está crecido:
Corre invisible y mudo: en un descuido,
Cual sierpe os ataranta y os devora."

La turbación que en su ánimo sentía
Alvarez fué tan grave, que ni supo
Adónde su caballo dirigía.
"Mi vida ha estado en el mayor peligro,
Pues según las palabras de ambos jóvenes
Que sin querer of cuando iba entrando,
Traidoramente asesinarne quieren.
Sobra para los dos con un testigo,
Carlos me dijo, porque al fin espera
Que en el anzuelo, crédulo, picando,
Vaya á la cita y á sus manos muera;
Mas, ¡vive Dios que un chaseo les aguarda,
Cual lo merecen ellos! Desde luego
Marcho hacia Veracruz, y en la primera
Embarcación que salga, voime á Europa,
Al África, al infierno, á cualquier parte
Donde á ocuparse en mí vuelva ninguno. . . .

Siendo rico y feliz, ¿quién me entromete
A rifar la existencia por antojo
Del primer miserable mozalvete?"
Dijo y tomó desconocida senda. —

Al viejo labrador, que se mantuvo
En la puerta después que Álvarez fuése,
Oír le pareció gritos de angustia
Entre el ronco fragor de la tormenta;
Pero en vano aplicó luego el oído
Y conocer la realidad intenta:
Sólo del huracán oyó el bramido,
Cerró la puerta y entregóse al sueño.

Al comenzar la madrugada, calma
La lluvia: el cielo en parte se despeja
Y aparece la luna en el Oriente:
Su esplendor melancólico refleja
Convertido en un mar el llano todo:
Baja de las montañas el torrente,
Los árboles gotean. Luz escasa
Brilla en una ventana de la casa
Habitada por Carlos: en su alcoba
Él y Fernando velan: el deseo
De la venganza, que sus almas llena,
Sueño y quietud á la sazón les roba.

Apenas sobre el nítido horizonte
Levantábase el astro rey del día,
La niebla replegábase y cubría
La falda sólo del enhiesto monte
A cuya espalda hay noche todavía,
Ya la puerta se abría
De la campestre casa,
Y Carlos y Fernando
A poco en el umbral aparecieron,
Al cinto acero brillador llevando.

Al llano descendieron,
Que viento débil á orear empieza,
Aunque anegada vieron
Donde el terreno es hondo una gran pieza.
Con el calor del sol cándida bruma
Sobre el agua estancada se levanta,
Los árboles oculta entre sus pliegues
Tomando formas con que al ave espanta;
Rota en vellones y con tardo vuelo
Después asciende al azulado cielo.
Vése allá lejos la fragosa sierra
Dilatarse, al viajero presentando
Cien montes asomado uno tras otro.
Con el color del impalpable viento
Teñidos los volcanes,
Tocan al firmamento.
Acá la flor bañada por la lluvia
Guarda en su cáliz gota diamantina;
Allí el ave gorjea;
Posada en débil rama
Que con su peso hacia la tierra inclina,
Su mirada pasea
Por la extensión del bello panorama.
Se oye el sordo ruido
Que forma el Atoyác, raudo corriendo
Por el cieno y las lluvias acrecido.
Su orilla izquierda á la sazón siguiendo
Carlos va, de Fernando acompañado:
A poco andar arriban
Al sitio para el duelo señalado:
Álvarez todavía no ha llegado,
Y siéntanse á esperarle en alta peña
Que al interior del río se adelanta.
En contemplar el agua se entretienen
Que cual cinta argentada en partes brilla,
Y ven llegar los descuajados troncos
Que á veces, con el bálago y arbustos,
La creciente al pasar deja en la orilla.

Rico reloj consultan
Ambos, y el rostro vuelven al camino,
Que alguien por allí venga, esperando:
Dos horas transcurrieron: la impaciencia
Apodérase dellos, y Fernando
A su enemigo tacha de cobarde,
Pues venir ha ofrecido con el alba,
Y no parece aún y es ya muy tarde.

En esto, en medio á la corriente fría,
Lejano todavía,
Informe bulto vieron
Que hacia los dos venía:
Cuando más cerca estuvo,
Ambos que era un cadáver conocieron.
Rozándose al pasar con el follaje
De las cañas acuátiles, el cuerpo,
Por el agua al remanso conducido,
Junto á la peña en que los dos estaban
Llega, y allí permaneció tendido.
Atónitos mirándose
Ellos, hablar no osaban,
Que en el vestido que deslucce el cieno,
En la nervuda mano
A desgajada rama asida en vano,
En el cabello con que la onda juega,
En las sangrientas lívidas facciones
Del tímido semblante,
Vestido y mano y cabellera y rostro
De un hombre aborrecido
Luego reconocieron.
¡Álvarez á sus pies yace tendido!

Tal vez anoche entre la sombra espesa
Él, en sus pensamientos engolfado,
Encaminóse al río
Y fué por la creciente arrebatado.

Su caballo, animal de noble brío,
Logró salir á nado.
Detenido el cadáver en las ramas
De algún árbol quizá, seguir no pudo
El curso de la rápida corriente,
Hasta que el agua su caudal minora
Y en sus ondas le trajo indiferente.

Carlos, á su pesar, se estremecía
Contemplando el semblante amoratado
Del cadáver. En esto ver creía
La permisión del cielo,
Que jamás deja el crimen sin castigo.
Sabia lección él mismo recibía,
Pues yendo allí á matar á su enemigo,
Encontrábale muerto,
A todos dando testimonio cierto
De que no siempre Dios al hombre vano
La ejecución de sus decretos fía:
Si el ofendido á castigar se lanza
(Su razón, ya despierta, le decía)
No es justicia su acción, sino venganza.

X

Las ilusiones y esperanzas mueren como el heno de los campos.—No debemos pedir al mundo sino lo que puede darnos.—Único y verdadero refugio del hombre.

CARTA DE CARLOS, ESCRITA DOS AÑOS DESPUÉS DE LOS SUCESOS.

Los versos he leído en que refieres
Mi dolorosa historia. ¿Por qué el tiempo
No consigue extinguir nuestros pesares?
La inagotable hiel de los recuerdos
Por qué en mi pobre corazón derramas,
Lo pasado á mis ojos exponiendo?

Pero jamás tu pluma lograría
Por más que redoblaras tus esfuerzos,
Retratar la belleza de Diana,
Ni su virtud, ni de mi amor el fuego!

¿Por qué no vienes á abrazarme, amigo?
¿De lo que fui me hallaras cuán diverso!
Ya no soy aquél joven entusiasta
Sobre la tierra soñador perpetuo.
Hombre soy, y sin bienes de fortuna,
Sólo de mi trabajo me sustento:
Con el sudor de mi quemado rostro
La tierra, mientras luce el día, riego,
Y durante la noche en pobre cama
Cierra mis ojos apacible sueño.—
Sólo el trabajo, de virtudes germen,
Sobre nuestros recuerdos echa un velo,
Enfrena aquesta loca fantasía,
Embota del dolor el crudo acero.
El amor, los solícitos cuidados
De la familia aquí suelo echar menos:
Cuando llego á mi alcoba solitaria
De trabajar cansado y no hallo un pecho
En que pueda mi frente reclinarsse,
Ni halaga mis oídos grato acento,
La tristeza del alma se apodera;
Mas tal es mi destino, ¡yo le acepto!

Son del otoño los primeros días,
Y cuando veo un cielo ceniciento
Y la tierra cubierta con las hojas
Que, una tras otra, al árbol quita el cierzo,
Mi corazón se oprime: á la memoria
Se presentan los días turbulentos
De mi vida infeliz. Rosa, Diana,
Tendida la primera en blanco féretro
Tal vez por culpa mía. . . ! la segunda,
De su familia por mi culpa lejos,

Orando allá en el claustro solitario,
Puestos sus claros ojos en el cielo,
Mientras dura el silencio de la noche
Suelen venir á visitarme en sueños.

¡Oh! nunca, al ver que un semejante tuyo
Abriga incauto inútiles deseos
Contemplando al través de un falso prisma
La sociedad, le niegues tus consejos.
¿A qué, dime, correr tras una sombra?
Diana un ángel fué que lo perfecto,
Lo sublime, buscaba acá en la tierra:
Iguales á sus propios sentimientos
Creyó los de los hombres. Cuando vino
El desengaño á herir su casto pecho,
No tuvo en cuenta la flaqueza humana,
No perdonó á los hombres sus defectos:
No pensó que si un alma los anima
De la luz inmortal rico destello,
Envuelta vive en deleznable cárcel
Que la mano de Dios formó de cieno.
Al verse así burlada en sus creencias,
Hacia el mundo sintió mortal desprecio;
Rompió los dulces lazos de familia,
Rompió su mismo corazón, y haciendo
Infelices á muchos, su mirada
Para siempre jamás clavó en el cielo!

Allá también mis ojos se dirigen,
Amigo mío, sí. . . . ¿Cómo el viajero
Que caminó durante muchos años,
Sin abrigo, por áspero desierto,
A la sombra del árbol que descubre
No ha de querer gozar descanso eterno?



